



ÉPOCA 3.^a — AÑO VI. — TOMO VI.

NÚMERO 8.^o — Madrid, 15 de Setiembre de 1882.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

MADRID Y PROVINCIAS.

Tres meses..... 16 rs.
Un año..... 60 »

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 »

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr.
Un año..... 21 »

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 »

SUMARIO

TEXTO. — *Revista*, por Nulema. — *Crónica*, por D. Damián Isern. — *La virtud y la sabiduría*, por D. Enrique Castillo. — *La Fe*, poesía, por D. Fermín Solar Avaria. — *La abuela*. — *El Santo Sepulcro*. — *Las esperanzas del mundo*, poesía traducida del catalán, por D. Damián Isern. — *El castillo de Santueri*, por P. de A. Peña. — *La señorita de Neuville*, (continuación), novela de Matilde Bourdón. — *Los grabados*: *El Canal de Suez*: Ilmo. Sr. D. Juan Francisco Bux y Loras, obispo de Magidán: *Vista de Túnez*: Aldeanos de Bilbao. — *Revista de conocimientos útiles*. — *Miscelánea*. — *Jeroglífico*. — *Anuncios*.
GRABADOS. — *El Canal de Suez*. — Ilmo. Sr. D. Juan Francisco Bux y Loras. — *Vista de Túnez*. — Aldeanos de Bilbao.

REVISTA



Y vienen los rusos, y no por las ventas de Alcorcón, sino, lo que es más sorprendente, por las balijas de correos.

El nihilismo moscovita, tan aficionado á juegos de sorpresa y á fuegos artificiales, tiene ya en España sucursales que despachen sus negocios, y aunque todavía no pasan de juegos de cartas, las sorpresas son tales, que ya los ministros, tan hábiles en el juego de las instituciones, andan perplejos y como escamados, sin saber á qué carta quedarse.

El señor ministro de Hacienda ha estado más cerca del fuego que el presidente del Consejo; ha teni-

do las manos entre la masa: de modo, que á otra jugada, es de temer que los jugadores den codillo á todo el Gabinete.

Se nos dirá que el asunto es más serio de lo que parece, y no para tomarlo en broma, en lo cual estamos conformes; pero hartos ya de jeremiadas y de que nos tachen de agonizantes, debemos tomar la bola como viene, y dejarla rodar para diversión de las gentes.

Hace años que venimos viendo cargar esas cajas explosivas que hoy comienzan á salir á luz, y cuando hemos denunciado la preparación del crimen, se nos ha dicho: «¡Ilusión! La sociedad mejora y la humanidad progresa.» Y á la sombra de los poderes



EL CANAL DE SUEZ

públicos, y al calor de los partidos políticos, se han seguido cargando las cajas con ideas de impiedad y de anarquía, sin que el grito de alarma de las conciencias timoratas haya hallado eco en las regiones del poder, donde el egoísmo de los partidos sofocaba el sentimiento del bien público y de las necesidades sociales.

No se ha querido poner remedio al mal cuando todavía era tiempo, y el resultado debe tocarse con la mano, á riesgo de quemarse.

Entre nosotros se han sembrado semillas de todas las plantas más malas y más venenosas de la revolución, y como el tiempo les ha sido favorable, crecen y fructifican, anunciando una buena cosecha.

El nihilismo es, como el nombre lo indica, la última palabra de la Revolución, y esa última palabra, escrita y certificada, circula ya en nuestros correos, esperando el momento de hacerse oír hasta de los sordos.

Quiera Dios que falle la regla que el pueblo formula en estos términos pintorescos: «Tanto va el cántaro á la fuente que al fin se rompe.»

La primer diligencia de la autoridad al tropezar con las cartas explosivas es mandar á los químicos que las examinen y analicen. Y la química, gracias á los modernos adelantos materiales, logra sorprender el secreto de la fabricación, revelando los elementos explosivos de que se componen los aparatos.

Es natural que la autoridad haga eso, porque de lo contrario, se correría el riesgo de tomar como caja explosiva una caja tal vez de dulces y alarmar la opinión pública con un regalo dirigido á un ministro por algún cesante agradecido.

Pero nosotros quisiéramos que se hiciese más todavía: que á los químicos de las almas, á los moralistas de virtud y de ciencia se les encargase el estudio y análisis del corazón de los criminales que disponen tales medios de venganza contra los poderes públicos y contra la sociedad entera, para que ellos informasen acerca del origen de las primeras materias con que se han compuesto los elementos destructores.

El químico naturalista nos dirá: aquí hay pólvora, dinamita, ácido sulfúrico... Está bien. ¿Y qué ganamos con el descubrimiento para el objeto capital de prevenir nuevos atentados? ¿Suprimiremos la pólvora, la dinamita, el ácido sulfúrico? Imposible.

El químico moralista nos dirá á su vez: aquí, en estos corazones criminales, hay falta de religión, falta de fe, de respeto á la autoridad divina, fuente de toda autoridad humana; de caridad con el prójimo, y de dignidad personal, inspirada en la propia honradez. Hay en lugar de estos elementos de vida, mucha codicia á los bienes de la tierra, mucho apego á los goces de la vida, mucho odio á los obstáculos que dificultan estas ambiciones y mucha ignorancia de los verdaderos destinos de la sociedad y del hombre.

Hé aquí lo que tiene remedio; lo que da la medida del mal que lamentamos y de los medicamentos seguros para combatirlo.

Lo que no sea esto, son paños calientes.

El mes de Setiembre ha comenzado con grandes tormentas, cuyos estragos todavía no pueden calcularse. Es cosa que espanta el considerar cómo se repiten estos accidentes atmosféricos, cada vez con más frecuencia y con intensidad más desastrosa.

Las lluvias suaves, oportunas y benéficas parece haber concluido en España, y una de dos, ó nuestros campos se quedan asolados y yermos por pertinaz sequía, ó son arrasados y destruidos por furiosos torrentes de piedra.

Así se convirtieron los fecundos campos de África en tristes desiertos de arena. ¿Estaremos condenados á la misma suerte?

Lo hemos repetido hasta la saciedad: la ciencia y la experiencia demuestran que en estos desórdenes atmosféricos influye considerablemente la despoblación de los montes, esponjas colosales que absorben y regularizan las humedades de la atmósfera, y que al paso que vamos en talarlos y destruirlos, antes de pocos años no va á quedar uno para un remedio.

La codicia egoísta, que todo lo quiere explotar para sí, y la imprevisión ignorante, que no calcula las consecuencias de sus obras, son notas características de nuestro tiempo, cuyos frutos estamos ya recogiendo.

Nuestro siglo es un trágico carnaval, en que se habla mucho de todo, sin juicio, sin acierto, sin previsión ninguna, aparentando las cualidades de que se carece, y despilfarrando en fiestas y chacota el capital de las naciones y la paz de los pueblos.

Leyes sobre montes, tendremos ciento cada año;

sobre canales de riego, sobre desecación de pantanos, sobre todo lo que se pueda imaginar y algo más, pues nada más fecundo y fantástico que la potencia legislativa de nuestros gobiernos. Pero todo es ruido, nada más que ruido. No se pueblan nuevos montes y los antiguos caen por tierra; no se abren nuevos canales de riego y los antiguos van cegándose; no se desecan pantanos y se abren otros nuevos; en una palabra, se hace lo contrario de lo que se dice, y se dice mucho más de lo que se piensa.

Por esto no será extraño, por más que sea muy triste, que estemos condenados á la misma suerte del África.

El siglo XIX, ó más bien la Revolución del siglo XIX acabará por convertirnos en una provincia de Marruecos.

Si no estamos equivocados, el celo incansable del señor Benavides, cuando este ilustre purpurado desempeñaba dignamente el Patriarcado de las Indias, logró introducir las Hermanas de la Caridad en los hospitales militares, confiados hasta entonces á gentes asalariadas.

Un telegrama de la Granja que acabamos de leer, nos anuncia lacónicamente que «se suprimirán las Hermanas de la Caridad en los hospitales militares,» medida que nos sorprende, porque coincide con otras semejantes adoptadas en estos momentos por los revolucionarios franceses.

Las Hermanas de la Caridad han merecido hasta ahora respeto y amor de todo el mundo, incluso de los impíos que han tenido ocasión de probar sus beneficios; y ciertamente no han sido los soldados los menos favorecidos por ellas, en los amargos trances de la vida de campaña.

¿A qué puede obedecer la supresión de estos ángeles de caridad en los hospitales militares? Lo ignoramos; pero si la medida obedece á la corriente de impiedad que arrastra á la sociedad moderna hacia el nuevo paganismo, sirvan estas palabras de protesta, y de saludo cariñoso á la vez á las beneméritas hijas de San Vicente de Paul.

El Gobierno de España y los de otras naciones han tomado medidas previsoras contra el cólera morbo, que ocasiona dolorosísimas pérdidas en Filipinas y en algunos otros puntos de Asia. Algún periódico ha llegado á decir que el terrible huésped se hallaba ya llamando á nuestras puertas; pero la noticia es completamente falsa, y gracias á Dios, no hay por ahora que temer esta nueva desdicha que agrave el rigor de las que tenemos encima.

El cólera es, ciertamente, una peste que horroriza, los Gobiernos cumplen con su deber cortándole el paso; pero ¿quién nos defiende contra el cólera de la Revolución, que mata á un tiempo los cuerpos y las almas, los individuos y las naciones?

Este cólera es hoy dueño y señor de Francia; y sin embargo, lejos de evitar el contagio, nos complacemos en comunicar con los apestados, tomando de ellos sus vicios, su corrupción y sus instituciones.

Y ved ahí que una peste material á muchos miles de leguas nos asusta y acobarda, y una peste material y moral, individual y social, á la puerta de casa, ni nos asusta, ni nos acobarda; al contrario, nos atrae y seduce con el imán de sus estragos.

No ha habido en el mundo invasión colérica que haya ocasionado las víctimas que amontonó la revolución francesa del 94. Y el cólera decreciente nos aterra, y la revolución triunfante nos entusiasma.

Hé aquí una paradoja de este siglo que ha de resolver el azote de la cólera divina.

En la última decena que ha transcurrido ha habido en Madrid cinco suicidios, uno de ellos de persona conocida y acaudalada.

Hé aquí otra epidemia más terrible que el cólera, contra la cual no se toman precauciones, ni se establecen cordones sanitarios.

¿Y qué va á hacerse contra semejante epidemia? preguntará algún filántropo encogiéndose de hombros con indiferencia egoísta.

El suicidio acusa, como ahora se dice, una falta absoluta de fe, ora por corrupción, ora por extravío del entendimiento. Promoved la fe en las almas, y con el amor de Dios y la esperanza de la eternidad, habrán acabado los estragos de esa peste no conocida en los siglos cristianos.

No van por ahí las corrientes, como decíamos antes, y las consecuencias se tocan; el suicidio es la última fórmula del progreso en los individuos y en la sociedad. Porque, adviértase bien, los suicidios individuales que con tanta frecuencia se repiten, no

son más que accidentes particulares de un mal general; del suicidio de la sociedad española.

Madrid comienza á renacer de sus cenizas. Vuelven los hijos pródigos que fueron á gastar su patrimonio en lejanas tierras, y las calles y plazas recobran la animación de la temporada de invierno.

Y obsérvese una circunstancia curiosa: Madrid se parece, más que á los toreros, que ejercen su industria en verano, á los cómicos, que la cultivan en invierno.

Los toreros, por antipáticas que nos sean las corridas de toros, tenemos que reconocer que ejercen una industria peligrosa, en la que tienen que luchar con valor, y de la cual son muchas veces víctimas. Es un oficio que tiene sus quiebras. En cambio los cómicos, por aficionados que seamos á los buenos dramas, no podemos negar que ejercen un arte cómodo, sin riesgo de la vida, y sin otras quiebras que las de los empresarios.

Pues bien; la sociedad madrileña no es de lucha, ni de correr riesgos, sino cómoda y regalona, aficionada á disfraces y bambalinas.

Es una gran compañía dramática, que actúa en la temporada de invierno en el gran teatro de la Corte.

El empresario es el país, más quebrado que un arpa vieja.

NULEMA.

CRÓNICA

Pocos generales han emprendido una campaña con más seguridades de triunfo que sir Garnet Wolseley, si hemos de dar crédito á lo dicho por los periódicos de Londres. Con su llegada á Alejandría debía coincidir poco menos la derrota de los ejércitos de Arabi-Bajá, que al decir de los ingleses no se diferencian un punto de aquellas tropas cien veces vencidas por nuestros antepasados en las famosas guerras de la Reconquista.

Y sin embargo, sir Garnet Wolseley llegó hace más de un mes á las orillas del Nilo; vió las fortificaciones levantadas por los soldados de Arabi-Bajá á espaldas de Alejandría; no se atrevió á atacarlas; pisoteó los derechos de Europa al penetrar en el canal de Suez, cuya neutralidad está garantida por un acuerdo internacional; ocupó á Port-Said, á Ismailia, á Suez, protegido por los buques de la escuadra; anunció que en brevísimo plazo avanzaría sobre el Cairo; mudó de parecer al ver que los egipcios le iban á disputar el paso; pidió refuerzos, y los refuerzos llegaron, sin que al escribir estas líneas se sepa que ha iniciado el movimiento de avance.

¿Qué causas le detienen, fuerzan y obligan á permanecer con el arma al brazo? No hay que olvidar que sir Garnet Wolseley debió algunas de las derrotas que sufrió en el Africa del Sur á la precipitación de sus movimientos de avance. Sin duda ninguna quiere esta vez pensarlo bien antes de dar el primer paso. Los ingleses deberían sentir que este aplazamiento fuese debido á irresolución, como afirman algunos periódicos de Berlín, porque ninguna cosa es más dañosa que la indeterminación en resolver y ejecutar.

Sea de esto lo que fuere, que el tiempo se encargará de aclarar lo que aparece oscuro, lo cierto es que Arabi-Bajá y sus generales aprovechan admirablemente la tregua en reclutar nuevos soldados, en instruirlos, en organizarlos, en acostumbrarlos á las fatigas de la guerra. Cuando el bombardeo de Alejandría apenas disponían de 15.000 hombres; hoy, al decir de los mismos diarios de Londres, han triplicado ó cuadruplicado sus fuerzas. No se olvide además que los egipcios pelean por la independencia patria, por la libertad de sus esposas y de sus hijos, mientras los soldados ingleses, tropa de oscuros mercenarios, luchan sólo por miserables y bastos intereses.

¡Felices aquellos soldados que al derramar su sangre en los campos de batalla, pueden decir con un poeta:

*Alma terra natia,
La vita che mi desti ecco ti rendo!*

Si hemos de dar crédito á las últimas noticias de Constantinopla que publica la prensa diaria, al fin se ha decidido el sultán de Turquía por hacer traición á sus intereses, por romper sus tradiciones, por infringir el Korán, que prohíbe bajo gravísimas penas la alianza de los mahometanos con cristianos contra secuaces del islamismo.

Después de una larga serie de vacilaciones ha

firmado el convenio militar con Inglaterra y ha publicado solemnemente la proclama declarando rebelde á Arabi-Bajá, y afirmando que el único poder legítimo que existe actualmente en Egipto es el del khedive, entregado con cuerpo y alma á los enemigos más terribles de su patria, á los que quieren convertirla en una provincia de su vastísimo imperio.

Los seis mil hombres de tropas regulares turcas que desde hace más de un mes se hallaban dispuestos á ponerse en marcha para Egipto al primer aviso, se han embarcado ya, según telegramas publicados por los diarios de Viena.

¿Cuál ha sido el móvil de la conducta del sultán? No es difícil averiguarlo. La Puerta desea tener en las orillas del Nilo un cuerpo de ejército que le permita sacar algún provecho de las ventajas que obtenga el vencedor en la campaña que más ó menos tarde ó temprano habrá de empezarse.

Corre, sin embargo, un grave peligro. El gran número de voluntarios que acuden al campamento de Arabi-Bajá de Siria, de Trípoli, de Túnez, prueba que las simpatías del mundo musulmán están esta vez de parte de los egipcios. ¿Quién podrá contener á los soldados del cuerpo expedicionario turco, si en un momento dado fraternizan con los egipcios, se unen á ellos y con ellos luchan contra los ingleses?

Y que esto no es tan difícil como á primera vista parece, lo dicen, entre otras, las voces de lo pasado que recuerdan lo que en idénticas circunstancias sucedió siempre en otros tiempos y en otras naciones.

¡Triste condición la del humano linaje! No acomete el águila al águila, ni el tigre al tigre, ni el león al león, y el hombre maquina siempre contra su misma especie, y lucha contra ella, como en el espacio los más furiosos y encontrados vientos.

La ola de las pasiones revolucionarias sube rápidamente en la vecina república y en el vecino reino.

En Francia los miserables revolucionarios del Montceau-les-Mines han tenido imitadores, y en varios pueblos de las comarcas fabriles las cruces de piedra han sido derribadas, las iglesias saqueadas, las autoridades desconocidas, los propietarios perseguidos de muerte, sin que hayan faltado á estos desórdenes algunos vivos á la *Commune* de París y algunos muertos á todos los representantes del orden social.

Si no se ha llegado á los extremos del incendio y del asesinato, ha sido debido, después de Dios, á la intervención de fuerzas militares que han restablecido el orden á culatazos.

Con este motivo los periódicos de la izquierda radical intransigente de París, atacan al Gobierno porque, «como Napoleón III y todos los tiranos, se sirve de la fuerza bruta para ahogar las justas reivindicaciones del pueblo soberano, que, á pesar de la proclamación de la República, no ha sido redimido todavía de la esclavitud de las clases privilegiadas.»

Cuando se abra el Parlamento, felizmente cerrado en estas circunstancias, no faltarán seguramente en su seno quienes defiendan á los revolucionarios de Montceau-les-Mines y á sus imitadores.

En Portugal el movimiento revolucionario se presenta con otro carácter. Lo que aquí hacen los progresistas del Sr. Sagasta en materia de impuestos, lo hacen en el vecino reino los conservadores-liberales del Sr. Fontes, como para probar que todos los lobos del liberalismo muestran iguales instintos cuando se trata de dejar sin gota de sangre al pueblo.

Aquí la resistencia al pago de los nuevos impuestos no ha traspasado los límites de la legalidad. No así en varios puntos de Portugal, en los que el partido republicano ha aprovechado el disgusto del pueblo contra los impuestos para alterar gravemente el orden público, ocasionando graves conflictos.

Restablecido el orden público por el ejército, las contribuciones han sido cobradas, y las protestas legales han perdido toda fuerza.

Una pregunta: cuando los ejércitos de Francia y de Portugal fraternicen con los revolucionarios, ¿quién restablecerá en estas naciones el orden, si es turbado, como indudablemente lo será?

¡Desgraciadas naciones en las cuales el orden público depende de la sola fuerza militar!

Si graves son las noticias que se reciben de las naciones vecinas, no lo son ciertamente menos las que llegan de las heladas regiones del Norte.

En los pueblos escandinavos se advierte el principio de una gravísima transformación, que si por un lado alegra, por otro entristece profundamente.

En Suecia y Noruega, lo mismo que en Dinamarca, el protestantismo y el espíritu monárquico des-

aparecen rápidamente, repartiéndose los despojos de estos ya cuasi cadáveres, el catolicismo y la revolución.

Las iglesias católicas son cada vez más frecuentadas; las conversiones son innumerables; los sacrificios de los fieles para levantar nuevos templos al Señor, están á la altura de las circunstancias, y todo permite creer que dentro de breves años recobrarán aquellas cristiandades su antiguo esplendor.

En frente de esta fuerza católica llena de vigor y de vida, se levanta la fuerza revolucionaria, que en el Parlamento de Suecia se atrevía á pronunciar hace muy poco tiempo las siguientes terribles palabras: «Si el pueblo es soberano, ¿quién podrá oponerse á su voluntad cuando proclame la república? Si el monarca sólo reina y no gobierna, ¿de qué sirve al pueblo? Hasta el deber de procurar la mayor economía posible aconseja la supresión de un destino que tan caro cuesta.»

Así los liberales con sus sistemas parlamentarios han venido, mal que les pese, á dar la razón á los republicanos, haciendo traición á la causa que estaban obligados á defender.

No andan mejor los asuntos políticos de Rusia, imperio cuya enfermedad reviste por momentos un carácter más grave.

El descubrimiento de una Asamblea nihilista celebrada en Moscu; el haber recibido varios altos personajes la sentencia en que les condena á muerte la junta suprema de la revolución; el haber encontrado el Czar en su despacho nuevas proclamas revolucionarias, son los hechos que determinan para un plazo breve la caída del señor conde de Tolstoy, que no ha estado á la altura que se esperaba.

Quizás á estas horas ya hubiera sido separado de su cargo, si se tuviera un hombre de mérito y de confianza con quien sustituirlo.

A pesar de todo esto, no vuelve todavía el Czar la vista á Roma, de donde únicamente puede esperar la salvación.

Italia se halla en pleno período electoral. La batalla va á librarse entre revolucionarios; pero no por esto será menos interesante su resultado.

Con la publicación de la nueva ley electoral, los partidos republicano y anarquista se creen con fuerzas suficientes para disputar el triunfo al Gobierno y á los partidarios de la dinastía de Saboya.

De aquí que, con la esperanza de triunfo, trabajen con infatigable ánimo para aumentar el número de los electores que darán sus sufragios á los candidatos de los partidos antimonárquicos.

En todas las poblaciones de alguna importancia han fundado nuevos periódicos de batalla, nuevos clubs, nuevos medios de propaganda.

Estos aprestos han llenado de miedo el corazón de los partidarios de la casa de Saboya, así de los conservadores-liberales como de los progresistas. Al momento han suspendido estos partidos sus polémicas, han olvidado sus divisiones, y se disponen á luchar unidos en la próxima contienda electoral.

Esto prueba bien claramente que conocen toda la gravedad del peligro que los amenaza.

En realidad, la obra de Cavour y de Víctor Manuel sufrirá un golpe rudísimo, si los revolucionarios monárquicos de Italia son derrotados esta vez por los revolucionarios republicanos, socialistas y anarquistas, que todos se han unido al grito de ¡abajo lo existente!

Felizmente nunca faltan consuelos al corazón atribulado de León XIII y de los católicos, que ven cómo la sociedad se aparta cada vez de las vías de rechas.

Ultimamente ha sido bautizada la señorita Rothschild, hija del célebre banquero judío de Francfort.

El Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de París ha administrado el sacramento de la Confirmación y dado la Eucaristía á la joven conversa, á la que acompañó en la sagrada mesa su prometido esposo el príncipe de Wagram.

En poco tiempo pasan de veinte las familias israelitas de Alemania que han abrazado la fe católica.

DAMIÁN ISERN.

LA VIRTUD Y LA SABIDURÍA

«In malevolam animam non introibit sapientia.»
(SAPIENTIA, C. I, V. 4.)



En medio de las miserias del mundo, hallamos dos cosas dignas de todo elogio y respeto, que constituyen en cierto modo nuestras casi únicas delicias en la peregrinación por este valle de lágrimas. En nosotros existe una tendencia natural que con creciente afán

nos inclina hacia ellas, y su adquisición, por lo tanto, depende en gran parte de nuestra libre voluntad. Estas dos cosas, cuya sublimidad atrae y encanta, son la virtud y la sabiduría.

La nobleza, los honores, las riquezas, llevan el sello de nuestra débil condición humana; sólo la virtud, que se logra con los esfuerzos generosos del alma, ayudada de la gracia de Dios; sólo la ciencia, que se logra estudiando, meditando, trabajando sin descanso, nos subliman delante de los hombres y nos acercan cada vez más á Dios.

Al tratar, pues, de las excelencias del saber, hermanado con la virtud, tenemos absoluta necesidad de exponer qué es sabiduría, porque para apreciar su bondad preciso es conocer su definición verdadera. Sabiduría es la ciencia de las cosas divinas y humanas, y de sus causas, es decir, la ciencia de todo; sin que, á pesar de la brevedad de la definición, no obstante ser absolutamente exacta, hayan acertado á decir más, ni Cicerón con los filósofos, ni San Agustín con los Santos Padres, ni Santo Tomás con los teólogos. Ella es, según la doctrina de la Sagrada Escritura, la que nos hace conocer al hombre, al universo, á Dios.

Dada la definición, ¿nos extrañaremos que el más sabio desde Adán hasta nosotros, el gran Salomón, sólo pidiese á Dios sabiduría? ¿Podrá sorprendernos que el mismo Adán se dejase alucinar por las promesas que le hizo la serpiente, de ser como Dios, sabiendo el bien y el mal, si comía del fruto del árbol que le estaba prohibido?

Ciencia es lo que ardientemente apetece el hombre; sus delicias son las que vivamente desea gozar. ¿Ni cómo es posible que al que ha vislumbrado las excelencias de la sabiduría, le importen las riquezas, los honores, la alegría del festín ni la pompa vana? Todo esto, si no le causa risa ó compasión, lo mira con juicioso desdén.

Remontado de un vuelo su espíritu á las mansiones celestiales, allí, en aquella región de la verdad y de la luz, se ocupa sin obstáculos en sus meditaciones y en sus investigaciones profundas. Si es teólogo, con la sagrada antorcha de la fé en la mano estudia á Dios, y se sumerge en el Océano insondable de sus infinitas perfecciones. Si jurisconsulto, descubre el origen de las leyes en aquella ley eterna que la sabiduría divina dictó para gobierno del mundo. Si metafísico y psicólogo, observa las maravillosas facultades del alma, y se convence de que jamás morirá, á pesar de haber principiado á existir. Si astrónomo, contempla asombrado los globos celestes, sus constantes y regularizados movimientos, la rápida carrera con que describen sus órbitas elípticas y la portentosa multitud de esos soles, brillantes por sus destellos y sorprendentes por su grandor. Si naturalista, admira la naturaleza en su limitada extensión, y se prosterna á rendir homenaje á la inteligencia suprema que todo lo crió, á ese Dios omnipotente cuya grandeza publican los cielos y celebra con elocuencia la tierra.

Es una verdad innegable, que así como el mundo físico necesita de luz, así también necesita de ella el mundo moral; y Dios, que es el autor de ambos mundos, proveyó de grandes luminarias al primero, y en cuanto al segundo, cuando crió al hombre lo llenó de sabiduría. Pero el hombre pecó, y con su pecado perdió la gracia y la sabiduría, porque aquella sostenía á ésta, á la manera que el olmo sostiene á la vid.

La humanidad, sin embargo, no podía someterse á la ignorancia; y los esfuerzos gigantescos de los pueblos cultos de la antigüedad principiaron á suplir de algún modo, aunque escaso, la ciencia de que Dios hubiera continuado adornando á todos los hombres, según lo hizo con el primero, si éste hubiese permanecido en la justicia original. La asiduidad de los judíos en cultivar la dialéctica y la filosofía moral; la de los chinos en ocuparse de la teodicea; la de los caldeos en la astronomía; la de los egipcios en la geometría; la de los fenicios en hacer aplicaciones de esta ciencia á la navegación; la de los antiguos griegos en profundizar los secretos de la física; la de los modernos en todo lo que abraza el ancho campo de la filosofía, de la literatura y del arte del bien decir; la de los romanos por regalar á su patria cuanto se sabía fuera de ella, prueba evidentemente que la humanidad, teniendo necesidad de saber, no se resignó á vivir privada de ciencia.

Estos sabios primitivos, y los pueblos de donde procedían, que son los padres de la sociedad moderna, si no iluminaron completamente al mundo, algo le instruyeron, y semejantes á los crepúsculos que anuncian el día, fueron como las tintas doradas que esparce la aurora cuando se aproxima la salida del sol.

Mas con la aparición del cristianismo la luz se aumentó, sus rayos se difundieron á mayor espacio; y, sin embargo de que en las heladas regiones del

polo se formaba una espantosa tormenta que venía á encapotar el cielo de todos los países en que imperaba la ciencia, por fortuna, cuando los bárbaros del Norte, ya vencedores, apagaron su sed de muerte y de destrucción, los sabios recobraron sus sagrados derechos, é insinuándose en sus salvajes corazones alcanzaron sobre ellos tanto ascendiente, que llegaron á quedar por esclavos suyos los que no conocían más poder que el de la fuerza, ni más ley que los arranques furiosos de la ira.

A pesar de todo lo dicho, téngase presente que por muy seductora que sea la belleza de la imagen ofrecida á la consideración del lector, todo su brillo y augusta majestad depende de la unión que la sabiduría tiene con la religión y la virtud, porque sin virtud y sin creencias, no hay ciencia propiamente dicha. ¿Qué otra cosa es la historia de las herejías, que un triste comprobante de esta verdad? ¿Por qué sus orgullosos y ciegos autores, que en vez de enseñar teología presentaron las aberraciones cavilosas de su ingenio y los partos monstruosos de su delirante fantasía, juntamente con los filósofos modernos no ciñen una aureola científica, ni reciben los respetos y homenajes debidos al saber? Porque, engreídos al ver que podían hablar con facilidad y soltura sobre alguna ciencia natural, se creyeron capaces de explicar la creación y los misterios, se emanciparon de la fe, y, quitando del mundo á Dios, erigieron en su corazón incrédulo un altar á la razón, y después de haber hecho su ridícula y repugnante apoteosis, le ofrecieron un culto sacrilego y estúpido á la vez.

Para ser sabio se necesita algo más de lo que comúnmente se cree; se necesita algo más que afirmar ó negar lo que no se puede comprender, y mofarse de todo lo sobrenatural y misterioso, dejando á la virtud abandonada para las gentes sin estudio, como si á los hombres de letras les estuviera dispensada su práctica; esto no es ciencia, esto es un error. El sabio, acomodándose á la definición del angélico Doctor Santo Tomás, es el que, ocupándose en considerar la escala en que se hallan los seres, llega á dar con la causa suprema, con la causa universal, con aquella fecundísima causa que al imperio de su voz omnipotente hizo brotar torrentes de purísima luz de las oscuridades del caos; con aquel sapientísimo Ser, según expresión magnífica del elocuente Bossuet, que encontró la creación en los senos inexplicables de la nada. Este es el sabio, el que considera la última causa de todo, *causa causarum*, y ordenándolo todo con relación á ella, juzga por ella del bien y del mal.

Por lo tanto, si para ser sabio es indispensable estar en cierta correspondencia con Dios, y dirigir hacia Él los afectos é ideas, nunca podrá merecer este envidiable título el que no reconoce otro Dios que el acaso, ni otras reglas de moral que el placer. ¿Qué importa que posea una multitud de conocimientos, y aun todos si se quiere, si marcha al azar, sin dirección ni rumbo seguro? Jamás poseerá la verdad, porque las ciencias, siguiendo la opinión del gran Chateaubriand, son un laberinto donde el hombre se pierde más tristemente en el momento mismo en que pensaba salir.

El que quiera convencerse plenamente de que no hay sabiduría sin virtud, medite la profunda teoría del influjo que sobre el corazón ejerce el entendimiento. Cuando el corazón es recto, la razón también lo es; cuando el corazón está maleado, también lo estará la razón. Salomón lo dijo: *In malevolam animam non introibit Sapientia*.

ENRIQUE CASTILLO.

LA FE

DEDICADA Á MI AMIGO EL PRESBITERO
DON RAMÓN ANJEL JARA.

Yo ví cruzar el éter al águila certera
Cual flecha disparada por diestro cazador;
Y rauda con sus alas medir el alto cielo
Volando iluminada por célico esplendor.

Y he visto golondrinas, que tímidas, inciertas,
Su vuelo tembloroso no saben remontar;
Que giran azoradas en torno de un alero
Y en sus oscuros huecos se van á sepultar.

El águila altanera que, cierta de su vuelo,
Impávida se lanza surcando la extensión,
Imagen es del hombre que cruza los espacios
Y llega hasta Dios mismo si hay fe en su corazón.

El águila confiada, serena en la colina
Escucha de las ondas el horrído bramar:

No teme á las tormentas que se alzan en el cielo,
Ni teme á los abismos que se abren en el mar.

Con fe ni las tormentas que rudas se desatan,
Ni recios huracanes enjendran el terror:
Difúndese en el alma la paz del paraíso,
Cual brisa en que perfuma sus pétalos la flor.

Tranquila, no le inquietan del mundo los afanes;
Ni corre desalada buscando una ilusión;
¡Las ilusiones nacen fosfóricas, brillantes
Y luego se disipan matando el corazón!

Las mustias golondrinas que inquietas van y tornan,
Y oscilan cual las hojas que agita el vendaval;
Que tristes con sus alas jamás rozan la altura
Porque ese es su destino tan lúgubre y fatal.

Imagen son del hombre sin fe, sin esperanza,
Que vaga entre las sombras de lóbrega mansión;
Que atado con cadenas de barro acá en el suelo
En su alma oculta sólo miserias y ambición.

Su labio enmudecido, sellado porque ignora
El pristino lenguaje que habló la creación,
Jamás podrá entreabrirse al son del himno eterno
Que entonan los espíritus en célica mansión.

Errante fuego fatuo que en noche tenebrosa
Despide entre las tumbas su trémulo fulgor,
La mente oscurecida, vagando por el caos,
Jamás enviará al cielo brillante resplandor.

Feliz el que cruzando los páramos del mundo,
La luz lleva en su frente, la fe en el corazón;
Su mente no perturban fantásticos mirajes,
Las furias no le arredran del áspero aquilón.

Fatal, duro destino de aquel que desalado,
Sin fe, pretende en vano cruzar la inmensidad;
Nacido entre los crueles mirajes del desierto,
Su cuna es el engaño, su tumba la verdad.

FERNÁN SOLAR AVARIA.

Santiago de Chile, Julio de 1882.

LA ABUELA

RELATO HISTÓRICO

I



La pobre anciana tiene en su regazo un niño de pechos, formándole con sus brazos una manera de cuna que le sostiene por todos lados. El pequeñuelo dormita, y de vez en cuando entreabre sus grandes ojos y exclama con voz triste: «¡Mamá!» La pobre anciana vuelve entonces la cabeza á otro lado para que no vea el niño las gruesas lágrimas que asoman á sus ojos cuando oye que llama á su madre; después le mece nuevamente, y el chiquitico se duerme.

La infeliz vieja llora silenciosamente, y sus colorados ojos están diciendo que no hace otra cosa durante muchas horas. La madre del niño que tiene en sus brazos era su hija María, que ya no existe. Mientras sus amigos y vecinos están en el Campo Santo, soterrando á la difunta madre del niño, la abuelita repasa en su memoria los últimos años de su vida, y después, aquellas postreras horas, y al comparar la dicha que se prometía, que realmente disfrutaba, con su actual aflicción siente destrozarse el corazón, y rompería en amargo llanto si no la contuviese el temor de despertar al niño.

Acuérdase la anciana de que cierto día se marchó su María á la ciudad, casada con un honrado y laborioso jornalero, llamado Juan, y de que casi amaba al hombre que la privaba de su única hija, de su hija tan buena, tan cariñosa, tan trabajadora, tan placentera; de su hija que constituía la ventura y la alegría del hogar. Acuérdase también de que Juan le decía sonriéndose: «Pues precisamente os quito vuestra hija porque es buena y laboriosa; y deberíais consideraros en extremo dichosa sabiendo que haré feliz á un hombre honrado.» Le parece que oye aún las palabras de su marido y su jovial risa, y este recuerdo viene á mitigar la amargura de sus presentes penas.

Luego recuerda que pocos meses después vinieron al pueblo su hija María con su marido en busca suya. Habíase quedado entonces sola: la muerte había visitado su pobre morada, arrebatándole inflexiblemente á su buen marido, al compañero que había compartido con ella sus penas, haciéndoselas más llevaderas y más agradables sus satisfacciones.

Acuérdase de que estaba trastornada, de que no tenía cabeza para pensar en nada, y sus dos hijos se la llevaron á su casa, sin oponer ella otra resistencia que la del chiquitín que tenía en su regazo.

Cuando hubo comprendido la pobre mujer la extensión de su desgracia, lloró durante mucho tiempo la felicidad irremisiblemente perdida; pero su aflicción nada tenía de desesperada. Vea á sus dos hijos tan buenos, tan solícitos, tan prendados el uno del otro; véales tomar tanta parte en el dolor de su madre que no quería afligirles más. Y este constante cuidado que todos ponían, ellos en consolarla y ella en tranquilizarles y mostrarse agradecida á su cariñosa solicitud, era un nuevo lazo que unía sus corazones y apegaba á la vida á la pobre viuda.

II

Cuando vino al mundo el pequeñuelo y se lo llevaron á la viuda, sintió ésta estremecerse su corazón; á pesar de tener los ojos cerrados aún, tenía aquel semblante cierta vaga semejanza, que se siente y adivina más bien que se ve. No comunicó á nadie esta impresión, temiendo no haberse fijado bien y engañarse; pero en la mofetuda y abotargada carita del recién nacido, parecióle reconocer el varonil semblante de su difunto marido.

Una mañana abrió el niño sus grandes ojos, y la viuda lanzó un grito de alegría al ver que tenían el mismo color que los del difunto. Tan cierta estaba en esta ocasión de lo que veía, que sin pérdida de momento empezó á llamar á grandes voces á su hija y yerno para anunciarles su descubrimiento, y fijando éstos su atención, convencieronse de su verdad, y hasta el marido de su hija aseguró que el niño tenía la misma mirada de su abuelo. Esto llevó á la pobre viuda al colmo de la felicidad, y maravillábase de que hubiese aún tanta ventura para ella en este mundo.

Cuando el niño empezó á sonreír, vió la viuda que aquella era la sonrisa franca y placentera del abuelo; y de esta manera, un día tras otro, entre el niño y la viuda formábanse nuevos lazos, cada vez más fuertes, que apegaban á la tierra y á la vida el alma de la afligida anciana; y entonces deseaba vivir tanto como antes había ansiado el morir, porque estaba cierta de que amaba y amaría á aquel niño con todo su corazón y sus fuerzas.

La primera mirada del niño y la primera palabra que pronunció habían sido para la abuela, lo cual decía y repetía la pobre mujer con orgullo; pero este gozo no despertaba los celos de María, y el padre del pequeñuelo celebraba este triunfo y no reprochaba que la abuelita se hubiese apropiado la primera mirada y la primera palabra de su hijo, puesto caso que esto era un consuelo enviado por Dios á aquella alma tan profundamente atribulada.

III

No había terminado la tribulación para la pobre anciana, porque vino á cernerse la muerte sobre otro ser á quien amaba como á hijo. En efecto, sabido es que el rudo oficio de carpintero, que ejercía Juan, es un constante peligro, es vivir con el credo en la boca. Un día cayó sobre él una viga y hundióle el pecho: todavía respiraba, pero su estado no consentía el que se le moviese. A todo trance, uno de sus compañeros fué presuroso en busca de su mujer, pensando que no tendrían valor alguno las medidas de precaución que se tomasen para prepararla al rudo golpe que la esperaba ante el amargo consuelo de apretar por última vez la mano del moribundo y de recibir su último suspiro.

La viuda se empeñó en acompañar también á su hija y al jornalero, porque quería ver á su «hijo» como le llamaba. El niño no comprendería lo ocurrido, ni tendría miedo, y por lo tanto, llevólo consigo para que su padre le diese el último beso, si tenía fuerzas para ello, y viese en torno suyo á todos los seres que más amaba. Así creía la viuda hacerle menos dolorosa la muerte.

Juan comprendió desde los primeros momentos que su golpe era mortal, y creyendo que le quedaban pocos instantes de vida, quiso prepararse para morir cristianamente. Como muchos de los de su oficio, pertenecía á una Congregación de San José, y tan pronto como conoció su desesperada situación, sacó del bolsillo el escapulario del Santo, que sus compañeros le pusieron sobre el cuello, y pidiéndoles con vivas instancias que llamasen al cura para que le confesase y administrase los Sacramentos de la Iglesia. Accedió prontamente el sacerdote, y el infeliz carpintero pudo recibir los últimos consuelos de la religión con fervor y resignación tales, que edificaron á cuantos presenciaban estos tiernos actos.

El marido de María se hallaba tendido en el suelo en el portal de una casa ruinosa, y había cerrado ya

los ojos. Sus compañeros preparáronle con sus blusas una especie de almohada para que reclinase la cabeza, porque á cada momento se le estremecía el corazón, profundamente oprimido. Su semblante, aunque muy pálido, permanecía sereno, y su aspecto nada tenía de repugnante, pues sólo sus entreabiertos labios contenían un poco de saliva rojiza. Más bien parecía un enfermo que se duerme, que un hombre próximo á la muerte.

En esta situación se encontraba el desdichado Juan cuando llegó á aquel triste sitio su esposa con el resto de su familia. Arrodilláronse las dos mujeres, una á la derecha y otra á la izquierda del moribundo; cada una tomó una mano, y abriendo éste los ojos apretólas con la fuerza que su debilidad permitía, haciendo un esfuerzo para sonreírse en prueba del dulce consuelo que experimentaba en su amarga situación. Entonces inclinóse á él la abuela y acercó á sus cárdenos labios la sonrosada mejilla del niño: á su suave contacto brillaron rápidamente los ojos de su infeliz padre; su pálido semblante pareció reanimarse por un breve instante, y la abuela creyó que le había oído balbucear: «¡gracias!»; Cuán dichosa se consideró aquella con su idea! Ya le parecía que la muerte perdía parte de su terror con aquella sonrisa, con aquel beso, con aquellos apretones de manos, con todo aquel puro, sencillo y animoso cariño.

Las dos mujeres permanecían junto al moribundo inmóviles, sin chistar ni soltar sus manos; los ojos de Juan iban cerrándose lentamente. La viuda y su hija sintieron que estrechaban unas manos casi inertes, y un momento después, en aquella triste estancia oyóse un profundo suspiro: el pobre carpintero había entregado su alma á Dios. Entonces prorrumpieron las dos mujeres en amargo llanto; los compañeros de Juan arrodilláronse quitándose las gorras, y rezaron un *Padre nuestro* por el alma del que acababa de espirar, y el anciano dueño del taller, dijo con voz conmovida: «¡Juan, hijos míos, era un hombre honrado! ¡Que descansa su alma en el seno de Dios!»

IV

María había recibido un golpe para ella mortal, amaba á su madre, amaba mucho á su hijo, pero no podía olvidar al hombre á quien había confiado su porvenir; al hombre unido á ella con santos lazos, tan bueno, tan trabajador, tan complaciente, que hubiera podido ser terrible como un león, y era tan pacífico, tan cariñoso, tan sencillo y honrado. Ella le tenía presente á todas las horas, y por la noche le veía volver de su rudo trabajo, dirigir una cariñosa sonrisa á su madre, á la cual saludaba siempre con respetuoso amor, coger en brazos al chiquitín, cantándole infantiles cantares y columpiándole para regocijarle, ella recordaba después cuando su marido le alargaba su tosca manaza y estrechaba la pequeña de María suavemente por no dañarla. No le daba á Juan por hablar mucho, pero ella sabía, sin necesidad de que se lo dijese, cuánta ternura y cuánto cariño se encerraban en aquel sencillo apretón de manos.

¡Todo había concluido ya para siempre, para siempre! ¡Oh! en aquellas amargas horas pudo medir María en toda su extensión el dolor que se apoderaría de su madre cuando murió su padre, porque éste era un hombre fuerte, sencillo y bueno, como su marido. Ella recordaba entonces las palabras y los consejos que con su Juan empleaba para consolar á la pobre viuda, los cuidados de que ambos la rodeaban, la resignación que poco á poco lograron infundir en aquella alma atribulada, pero pensaba también con penosa fruición que no podría recibir aquellos consuelos, que nadie podría darle en la tierra aquella resignación, y que su pena siempre sería tan profunda, siempre tan aguda como entonces.

Sentíase María vencida por el dolor, arrastrada además por la falsa creencia de que el sobreponerse á él era una especie de infidelidad á la memoria del difunto. Error indisculpable cuando tenía el ejemplo vivo de su madre, y por otra parte el imprescindible deber de velar por su tierno hijo, de prodigarle los tiernos cuidados de que tanto necesitaba, y que sólo á una madre es dado dispensar. Muchas son las almas que sucumben al dolor producido por la pérdida de un objeto querido, pero sólo Dios sabe si en su inmensa aflicción imploraron con fe de su bondad las fuerzas necesarias para resignarse con su desgracia y conformarse cristianamente con la voluntad divina: lo cierto es, que el Señor nunca niega estas fuerzas á quien humilde y confiadamente se las pide.

María, no obstante su desesperación, continuó tan cariñosa, tan solícita y laboriosa como antes, así respecto de su madre, como de su tierno hijo; pero su mal iba consumiéndola, y sus fuerzas al cabo agotáronse completamente. Después de pedir perdón á Dios y á su madre por aquella debilidad que la ma-

taba, postróse en el lecho del que no debía levantarse ya. Como su esposo, preparóse á morir cristianamente, y entregó su alma al Señor dejando en el mayor desconsuelo á su madre, y huérfano á su tierno hijo. Esta es la causa de que su pobre abuela vuelva la cabeza para que no vea el chiquitín las gruesas lágrimas que corren por sus mejillas cuando aquél llama á su madre.

V

Los vecinos han vuelto ya del Campo Santo, encontrando á la abuela, como siempre, con el niño en su regazo. Ahóganla las lágrimas, pero las contiene. ¡Cosa extraña! La buena mujer ama al niño como si fuese hijo suyo, y piensa interiormente que éste no tiene la culpa de que ella sea desgraciada, y por lo tanto, no debe ser causa de que sufra una criatura inocente. Considérase ya tan necesaria para el huérfanito, que se estremece sólo de pensar que podría faltarle; y aparece á sus ojos tan clara y poderosa la idea del deber que ha impreso Dios en el alma humana, como la luz, que debe guiar su conciencia é ilustrar su razón, que la pobre viuda se olvida ya completamente de sí misma.

El pensamiento de haber resistido á tamaña desgracia, inspírale, como por misterioso instinto, la creencia de que todavía le falta hacer algo en este mundo, y la vista de aquella criatura tan débil, tan desprovista de todo, y que no puede vivir sin ella, le inspira valerosa compasión. Si el niño muriese, su abuela no viviría; luego es forzoso vivir para que su nietecito no muera: sus desgracias deben desaparecer ante el cuidado del niño. Está en la esencia y en la dignidad del alma humana, por más humilde que sea, el empaparse frecuentemente del más acerbo dolor, pues cuanto más haya sufrido, á mayor altura se remontará en alas del sacrificio y de la abnegación.

Así, pues, el huérfanito tendrá madre. Los vecinos, que son buenas gentes, ofrecen á la viuda cuidar del niño, siempre que ésta tenga necesidad de salir de su casa; ellos alternarán en este servicio porque todos tienen hijos, y uno más no puede causar molestia en una familia; pero la abuela da á todos rendidas gracias por sus cariñosos ofrecimientos; pero alimenta otros proyectos. Está decidida á marcharse de una población donde ha visto morir á sus hijos, donde sólo podría tener penosos recuerdos, donde no estaría segura de conservar su energía y sus fuerzas. La abuela quiere volverse á su pueblo: allí su marido era generalmente querido; allí encontrará buenos corazones, y le será posible trabajar sin separarse nunca de «su hijo.»

VI

De todas partes acuden viajeros á la estación. La pobre viuda está como aturdida entre aquella confusión y aquel ruido, é indudablemente tendría que andar á empujones con unos y otros; pero al verla con un niño pequeño en brazos, todos se separan para dejarla paso libre. ¡Fuerza de la debilidad! Ricos, personas elegantes á quienes la pobre mujer nunca se hubiera atrevido á dirigir la palabra, la miran con amorosos ojos, le dirigen una sonrisa, le abren paso, le preguntan dónde va y le desean buen viaje, porque lleva en sus brazos un pequeñuelo débil é inocente. La viuda siente embargado su corazón de un gozo indescriptible; parecele que el niño atrae hacia ella el respeto y le da un beso que tiene algo de agradecimiento.

Esto nace de que la abuela no es de esas personas que sólo ven el aspecto malo de las cosas, y creyendo que todo les es debido, les parece que todo es poco para ellas. Cuando uno es bueno, cree sin dificultad que los demás lo son. La viuda siempre obró bien, tuvo un marido excelente, tuvo buenos hijos que fueron también muy honrados, y por eso su corazón se halla más dispuesto á pensar bien que mal. Las desgracias le han hecho derramar muchas lágrimas, pero no la han vuelto áspera ni injusta; por eso acoge con muestras de agradecimiento las pruebas de benevolencia que le atrae su nietecito.

Algunos viajeros hacen fiestas al niño, el cual al ver aquellos alegres semblantes se sonríe. Al sonar el silbato pónese el tren en marcha: el movimiento de los coches, la vista de los objetos que parecen andar, todo admira al pequeñito que abre sus grandes ojos y mira á todas partes en ademán interrogador; hácenle fiestas los viajeros y en breve desaparece su asombro; ya le distraen el ruido y movimiento, salta y levanta sus manecitas, y esta infantil alegría distrae y entretiene á la abuela á pesar suyo: viene á ser un rayo de suave luz en la tenebrosa noche de su desgracia.

Entre tanto han desaparecido ya los arrabales: ya se han quedado atrás las grandes casas de color gris

y numerosos pisos de patios negros y angostos, en donde penetra con dificultad un poco de aire y sol, y que circundan á la ciudad como un cinturón de tristeza. La abuela no fija su atención en nada de esto; ningún otro sentimiento embarga su corazón que la pena que siente por sus dos hijos soterrados entre aquella muchedumbre; ella lleva su memoria en lo más íntimo de su alma, pero la tierra en que descansan parecele tierra de destierro y la deja sin pena, sin esperanza ni deseos de volver á ella jamás.

Por último, sólo ven los viajeros campos por todas partes. Las praderas extiéndense á derecha é izquierda; á lo largo, el río, trazando majestuosas curvas; aquí se ostentan los álamos, cuyo murmullo parece que se acerca ó aleja según sopla el viento de uno ú otro lado; allá se inclinan los sauces con su pálido ramaje, por entre el cual se divisa el agua que susurra y brilla. Allá, á lo lejos, se descubren las azuladas colinas que cierran el horizonte. La abuela levanta la cabeza, mira á la tierra y después dirige la vista al cielo; parecele que respira más libremente, y que su corazón se desembaraça poco á poco del peso que le oprimía.

Pero el día declina; los pájaros cruzan con rápido vuelo en todas direcciones; el viento se calma y dejan de moverse las hojas de los árboles; los arbustos, los prados, las casitas esparcidas aquí y allá, píntanse de dorados matices, que poco á poco se van apagando y acaban por convertirse en débil niebla. Después se van borrando los contornos de todos los objetos y todo desaparece bajo las sombras de la noche. De vez en cuando el tren atraviesa jardines y se perciben sobre la sombría alfombra de césped las macetas de flores que embalsaman la atmósfera con sus suaves y penetrantes perfumes. Reina completa calma en la naturaleza, calma que deleita y embarga el ánimo de la pobre viuda, la cual contempla á su niño dormido y se entrega dormitando á ensueños de vaga esperanza.

El tren marcha ya lentamente. Á pesar de la oscuridad de la noche, los ojos de la abuela reconocen aquellas formas familiares, que nada, ni goces ni penas, ha podido borrar de su memoria. Distingue el riachuelo; le oye, como le oía en otro tiempo susurrar al estrellarse contra las vigas que sostienen el puente de madera. Allí está el puente de tablas que, al extremo del pueblo, da paso para los campos; más acá el pequeño campanario, cuyo remate se distingue todavía claramente sobre el horizonte. Aquella masa sombría la forman los corpulentos nogales que dan sombra á la plaza de la Iglesia. Aquel rojizo resplandor que se ve á lo lejos, lo produce la fragua del herrador; de vez en cuando oyense los golpes del martillo sobre el sonoro yunque.

El corazón de la pobre viuda se siente inundado de alegría y de ternura, como si volviese á ver á parientes y amigos, á quienes creyese de mucho tiempo atrás perdidos. Ya se llegó á la estación; antes de bajar del coche, la viuda da las gracias á todos sus compañeros de viaje por las atenciones y cuidados que han dispensado á su hijo, al cual abrazan aquellos cuidadosamente por no sacarle de su dulce sueño. «¡Dios os bendiga, pobre madre!»—dicen á la viuda; palabras que resuenan aún en sus oídos cuando va caminando por la senda que conduce al pueblo; parecele, en efecto, que la acompaña la bendición de Dios; renuévanse en su memoria los objetos de la vida pasada, tristes, pero consoladores, porque se le aparecen con el suave reflejo de las esperanzas del porvenir.

VII

La abuela ha vuelto á sus habituales tareas de otros tiempos; su trabajo basta para su sustento y el de su nietecito; necesitan tan poco! Ella puede cultivar su huertecito, mientras el niño, sentado junto á ella, juguetea, y le dice con lengua balbuciente mil cosas que su abuela comprende. La flor que ésta le da, la mariposa que revolotea, la dorada nubecilla que aparece en el horizonte, las campanillas del caballo que pasa á lo lejos, los gorjeos del pajarillo, todo exalta al niño, todo le regocija y hace estallar su risa. «¡Cómo se le parece en todo, dice la pobre viuda acordándose de aquel á quien vió durante tanto tiempo en el mismo huertecito y en aquella choza: vivirá contento y será dichoso como él!»

El niño estaba un tanto pálido en la ciudad; pero allí, con el aire puro del campo, se desarrolla libremente; sus mejillas parecen dos rosas; sus rasgados ojos han adquirido viveza, y sus movimientos son desembarazados. El pequeñuelo goza arrastrándose por tierra; hace esfuerzos por arrojar piedrecitas, y cuando cae, en vez de llorar, se levanta al instante riéndose; la abuela se emboba al ver su gracia y vigor. ¡Cómo se le parece, dice acordándose del que ya no existe; será alto, fornido, y mañoso

Pasan días y meses, y el niño corre y trisca. Sigue llamando «mamá» á la pobre viuda, nombre que ésta le ha enseñado. ¿No es su madre en resumidas cuentas? Los dos sostienen conversaciones muy tiradas: ella le enseña el catecismo, y le cuenta historietas muy sencillas amoldadas al corto alcance de su inculta inteligencia y á la débil comprensión del niño. Le cuenta los contratiempos ocurridos á las bestias de sus vecinos, y cuando aquél comprende que les ha resultado algún daño, oprímese su tierno corazón y brotan lágrimas de sus ojos. Entonces le dice la abuela que el daño que recibió el pobre animal pudo curarse y vuelve la alegría á los sonrosados labios y se refleja en los grandes ojos del niño. «¡Cómo se le parece! repite la viuda acordándose de su inolvidable marido; ¡qué buen corazón será el suyo! Como él, ¡se hará querer de todos!»

El niño ha crecido ya bastante para poder ir á la escuela. La abuela se envanece porque su marido sabía leer, escribir y contar correctamente; es preciso que su hijo la envanezca también por la misma causa. Además, ¡el chico es tan listo! ¿Cómo no ha de aprender lo que el maestro le enseñe? Y la abuela tiene razón: pronto sabe leer de corrido las historietas de su libro de escuela. El primer día en que, siguiendo los renglones con el dedo, leyó una página entera, la buena mujer quedó maravillada. «Es él, ¡él en todo y por todo! exclamó; sabrá tanto como él, ¡quizá tanto como un caballero!»

VIII

El niño es ya hombre con oficio. El viejo maestro cerrajero del pueblo, que tuvo al abuelo de oficial en su taller, dice á todo el mundo que el nieto vale tanto como el abuelo, así en destreza como en honradez: el pobre maestro está ya muy cascado, y sus manos apenas pueden levantar los pesados martillos; pero esto no le aflige, porque su fragua siempre tendrá fama. Cuenta con un robusto y jovial compañero que da ejemplo á los demás, dispuesto siempre para cuanto ocurra, y que halla medio para estimular á los jornaleros sin despertar quejas ni envidias.

La pobre abuela está también muy gastada: ¡ha trabajado y sufrido tanto! Su cabeza se halla ya muy débil, porque los años la han privado de memoria: ha olvidado toda su vida pasada, toda, menos los años de su juventud, y cree vivir en otros tiempos. Por otra parte, su nieto es la viva imagen del abuelo, y cuando vuelve á casa por la noche, cree ella que ve entrar por la puerta al que ya no existe; le espera, recíbele con la más cariñosa sonrisa, con las más tiernas palabras y con los mayores afectos de su amoroso corazón. ¡Bendito sea Dios que de las lágrimas hace brotar la alegría, y de la más profunda miseria sabe sacar los mayores consuelos!

EL SANTO SEPULCRO Á LA LUZ DE LA FE¹



ENTRE todos los venerandos santuarios cuyas glorias canta la Iglesia con San Bernardo en el oficio del Sepulcro del Señor, ocupa el primer lugar el Santo Sepulcro de Cristo. Más dulce é íntimo es el sentimiento

de devoción que experimenta el cristiano en el sitio donde Jesucristo descansó después de su muerte, que en aquellos donde conversó con los hombres durante su vida. Cuánta sea la significación de este sepulcro en el orden divino de la Redención, se evidencia con sólo consultar las Sagradas Escrituras y la Historia de la Iglesia.

El Santo Sepulcro, como muchos otros monumentos de la vida de Cristo, fué profetizado especial y repetidamente en la ley antigua. La profunda cisterna en que fué sepultado José por sus crueles hermanos, la cama de Salomón rodeada de sesenta guerreros armados, la fosa en que estuvo Daniel tres días en medio de hambrientos leones, la nave que transportó sobre las olas del mar al aturrido Jonás y el vientre de la ballena en que este profeta estuvo sepultado durante tres días, todo esto es en la mente de la Iglesia tipo é imagen del Sepulcro en que el Hombre-Dios vino á descansar después de terminada la obra de la Redención. Por la palabra de los pro-

do á los ojos de la Iglesia harto importante para no concederle mención expresa en el concepto más preciso de las verdades de la Fe, es decir, en el símbolo apostólico. Todo cristiano confiesa que Jesucristo *crucifixus; mortuus et sepultus est*. Así, pues, el Santo Sepulcro ha sido y es argumento vivo de que Cristo fué sepultado, y testigo mudo y elocuente de la muerte real del Salvador. El sepulcro no predica menos alto y con voz menos convincente que la Cruz, que Jesucristo acabó y selló realmente su sacrificio cruento con su muerte dolorosa. Cuando José de Arimatea fué en la noche del Viernes Santo á pedir á Pilatos el cuerpo de Cristo, maravillóse Pilatos de que Cristo ya hubiese muerto, y llamando al capitán de la guardia, le preguntó si en efecto había espirado el Salvador, y habiéndoselo asegurado así, accedió á la demanda del discípulo de Cristo. (*San Marcos*, cap. XV, v. 43). Luego el sepulcro es testimonio claro y prueba invencible de la muerte de Jesús, manifestándonos de esta suerte el más alto grado de la Caridad divina en la obra de nuestra salvación.

El Santo Sepulcro no sólo afianza y compueba la realidad de la muerte de Cristo, sino que testifica en segundo lugar la más profunda humillación del Hombre-Dios, el grado extremo de su abnegación, la última satisfacción que había venido á dar para la expiación de la culpa de Adam, la meta de su carrera redentora. Pero no sólo prueba el Sepulcro la suma humillación de Jesucristo, sino que señala el principio de su triunfo. Las palabras del profeta empiezan á cumplirse, primeramente en la ceremonia de la sepultura. De manos de los impíos había sufrido el Señor la muerte más dolorosa y de mayor oprobio; fué sepultado por los varones más ilustres de la Judea. Nicodemos empleó en amortaljar el divino cuerpo de su Salvador gran cantidad de mirra y áloe, como se hacía con los cadáveres de los hijos más nobles é ilustres de Israel. El Señor había predicho pocos días antes de su muerte, que se le daría sepultura honorífica y distinguida, y lo había predicho con motivo de un acto de ardiente caridad de María Magdalena. Jesús estaba en casa de Simón el leproso, cuando acudió María Magdalena con un vaso de alabastro, lleno de unguento precioso y derramó este unguento sobre la cabeza y aun sobre los pies del Salvador, que enjugó después con sus cabellos. La casa se llenó de perfume, y Judas se enfadó y dijo: «¿A qué viene ahora este gasto?» y los otros discípulos le hicieron coro; pero Jesús les dijo: «¿Por qué contestáis á esta mujer? Ha obrado una buena obra en mí, porque derramando su unguento sobre mi cuerpo, para sepultarme lo hizo.» Y para revelar lo mucho que estimaba aquel acto de caridad, ordenó que la tradición oral y escrita hiciera memoria de él en todos los tiempos. «En verdad os digo, que en todo lugar donde fuere predicado este Evangelio en todo el mundo, se contará también lo que ésta ha hecho para memoria de ella...»

Cristo fué sepultado en un huerto ameno, y en un sepulcro que no era suyo propio, para indicar que no padeció la muerte por su culpa, sino para redimir á los hombres. Quiso descansar en un sepulcro nuevo, en el cual nadie había sido depositado, como antes de nacer había estado en el seno virginal de la Virgen Santísima. Quiso ser sepultado en un sepulcro abierto en la roca por un varón ilustre, quien pocas horas antes sufrió muerte afrentosa en una cruz entre dos ladrones. José envolvió el cuerpo de Cristo en un lienzo limpio, y después de haberlo depositado en el seno del sepulcro, cerró el sepulcro



ILMO. SR. D. JUAN FRANCISCO BUX Y LORAS

Obispo de Magidán, Auxiliar de Toledo

fetas fué anunciada la gloria del Santo Sepulcro: «Su sepulcro será glorioso,» había dicho Isaías (capítulo XI, v. 10), y esta profecía se ha cumplido, después de sepultado Cristo, durante todos los siglos del Cristianismo. Aun más: la tiranía asombrosa y sangrienta del Islamismo, con su opresión y sus oprobios, no ha podido destruir la gloria inmarcesible del Santo Sepulcro, la cual resplandece en el culto nunca interrumpido de todos los que se honran con el hermoso nombre de cristianos.

Ahora bien; ¿en qué se funda y se apoya la distinción otorgada al glorioso sepulcro, ya en la ley antigua, ya en la nueva, en el tiempo de la esperanza y en el del cumplimiento de las profecías? ¿En qué estriba el sublime significado del Santo Sepulcro para el alma y la conciencia cristiana?

Santo Tomás de Aquino nos dará la contestación (*Summa Theologica*, p. III, c. 41). Primeramente el Santo Sepulcro de Cristo es monumento perpetuo de la verdad de nuestra Fe. Esta verdad ha pareci-

do obrado una buena obra en mí, porque derramando su unguento sobre mi cuerpo, para sepultarme lo hizo.» Y para revelar lo mucho que estimaba aquel acto de caridad, ordenó que la tradición oral y escrita hiciera memoria de él en todos los tiempos. «En verdad os digo, que en todo lugar donde fuere predicado este Evangelio en todo el mundo, se contará también lo que ésta ha hecho para memoria de ella...»

Cristo fué sepultado en un huerto ameno, y en un sepulcro que no era suyo propio, para indicar que no padeció la muerte por su culpa, sino para redimir á los hombres. Quiso descansar en un sepulcro nuevo, en el cual nadie había sido depositado, como antes de nacer había estado en el seno virginal de la Virgen Santísima. Quiso ser sepultado en un sepulcro abierto en la roca por un varón ilustre, quien pocas horas antes sufrió muerte afrentosa en una cruz entre dos ladrones. José envolvió el cuerpo de Cristo en un lienzo limpio, y después de haberlo depositado en el seno del sepulcro, cerró el sepulcro

¹ Traducimos este artículo de la revista alemana de Colonia, intitulada: *Das heilige Land*.

con una gran piedra. Observa bien Orígenes que en el sepulcro de Cristo todo es nuevo y limpio, todo magnífico y grandioso. Así vemos con cuánto celo y con cuánto cuidado honró el Señor el lugar del descanso.

Pero esta gloria exterior era reflejo y símbolo de la gloria interior del verdadero triunfo que empezaba en el sepulcro. Cristo reposó en el sepulcro, pero el sepulcro no fué testigo de corrupción alguna. Por el contrario, vió cumplirse en su seno la profecía de David: *nec dabis Sanctum tuum videre corruptionem*. (Psalmo XV, v. 10.) Como el sepulcro de Cristo da testimonio real de la muerte del Salvador, y por lo tanto de su más profunda humillación, así igualmente nos manifiesta que el Redentor sufrió la muerte espontáneamente, por libre aceptación, por amor á los hombres. La corrupción inseparable de la tumba no pudo apoderarse de aquel cuerpo purísimo, porque Cristo no murió por debilidad de su naturaleza, ni á consecuencia de enfermedad alguna, sino por un acto soberano de su voluntad libre, y para redimir á los hombres de la esclavitud del demonio y abrirles las puertas del cielo. Para probar todo esto quiso que su cuerpo descansase incorrupto en el sepulcro. Por esto dice con mucha razón San Juan Crisóstomo: «¡Cuánto difiere Cristo de los demás hombres! Estos sólo reciben recompensas y honra por sus grandes hazañas mientras viven; ¡con su muerte todo cae, todo se destruye, todo se olvida! En Cristo sucede lo contrario. Antes de su muerte en la Cruz todo es tristeza, ¡después de su muerte, todo es en él espléndido y magnífico, á fin de que

todos reconozcan que el Crucificado no era un simple mortal! » Finalmente, el Santo Sepulcro fué testigo del gloriosísimo triunfo de Cristo en su gloriosa resurrección en la mañana de la Pascua.

Cristo fué sepultado para de este modo dejar probada la realidad de su muerte, y descansó dos noches y un día en el sepulcro. ¿Por qué precisamente este tiempo? Santo Tomás contesta diciendo: « El » intervalo de tiempo que Cristo descansó en el » pulcro, indica los efectos producidos por su muerte. Por esta muerte, nosotros fuimos librados de » una doble muerte, de la muerte del alma y de la » del cuerpo; lo cual está representado por las dos » noches que Cristo estuvo en el sepulcro. Pero su » muerte, que no era consecuencia del pecado, sino » de su amor, no tenía el carácter de la noche, y sí » del día, y por lo tanto estuvo simbolizada en el » día entero que Cristo descansó en el sepulcro. »

Así, pues, el Santo Sepulcro es una prueba perpetua de la verdad cardinal de la Fe católica. Porque, como dice San Pablo, si Cristo no resucitó, la predicación es vana, vana nuestra fe. Por esto la iglesia del Santo Sepulcro se llama la iglesia de la Resurrección; advirtiendo que turcos y cristianos le dan el mismo nombre. El título de iglesia del Santo Sepulcro es desconocido de los habitantes de Jerusalén que hablan el árabe, pero no de los que hablan lenguas europeas. En el Sepulcro se celebra siempre la misa de la Resurrección.

Además de ser prueba evidente de la Resurrección del Señor, el Santo Sepulcro es prenda segura de nuestra futura resurrección de entre los muertos.

Si Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo hay quien dude de la resurrección de los muertos? San Pablo funda precisamente el dogma de la resurrección general en la de Cristo. Por un hombre vino la muerte, por otro hombre vendrá la resurrección, y como todos mueren con Adam, todos renacerán con Cristo. ¿Dónde puede hallarse más viva esta convicción que en la presencia misma del sepulcro de Cristo? « Allí, en la iglesia del Sepulcro, dice un moderno peregrino, caí de rodillas en noche solitaria y profunda, ante el tabernáculo que encerró un día el cuerpo muerto de Cristo. Pero no el ansia de la muerte, ni el miedo de las tinieblas de la tumba dominan el alma del peregrino que silencioso reza; sobre su cabeza arden en estrecho espacio lámparas de oro que le dicen que en aquel lugar memorable la luz triunfó de las tinieblas, el cielo del infierno. Allí el Hombre-Dios resucitó de entre los muertos, para darnos una prueba de nuestra propia resurrección. Allí el peregrino se siente profundamente conmovido, y apartado del mundo dirige al cielo sus plegarias. Como en el Antiguo Testamento vemos quien ante la tumba de Eliseo súbitamente recobró la vida, así ante el Sepulcro del Señor resucitado se consuela el alma con el pensamiento de la Resurrección de Cristo, siente renacer su esperanza y pierde el miedo á la muerte ». »

1 Viaje á Oriente, de D. Estéban Braun. Friburgo, 1866



VISTA DE TÚNEZ

LAS ESPERANZAS DEL MUNDO.

(TRADUCCIÓN DEL CATALÁN.)

Arbol de desnudas ramas
Que al viento te balanceas,
Inspirando miedo al hombre
Con tus ayes de tristeza,
¿Do está la verde corona
Que adornó tu frente bella?
¡Las esperanzas del mundo
Como las hojas, se secan!

Lejos del tronco desnudo,
En alas del cierzo vuelan
Las hojas ayer caídas,
De cieno y polvo hoy cubiertas.
¿Volverá para tornarlas
Su color la primavera?
¡Las esperanzas del mundo
Hojas son que el viento lleva!

Del Poniente el soplo húmedo
Corrompe las hojas secas,
Que en las aguas estancadas
Desechas más tarde quedan,
Y con efluvios malignos
En torno la muerte siembran.
¡Las esperanzas del mundo
Son hojas en fango fétidas!

Quiero que de mi esperanza
Verde el árbol siempre sea;

Que sus hojas guarde el cielo;
Que en él sus raíces tenga.
Mi esperanza eterna quiero,
Y puesta en Dios será eterna.
¡Las esperanzas del mundo
Se agostan, mueren é infectan!

D. ISERN.

EL CASTILLO DE SANTUERI



UANDO el rey D. Jaime I de Aragón, llamado el Conquistador, arrebató á los moros, en 1229, la mayor de las islas Baleares, por una serie no interrumpida de hechos de armas á cual más heroicos, existían en el interior de la isla algunos castillos cimentados sobre peñascos inaccesibles, que fueron el último baluarte de la tenaz defensa de los sarracenos. Después de rendidos estos por los cristianos, trataron los reyes de Mallorca de mejorar sus elementos defensivos y sus condiciones de bienestar, con nuevas é importantes obras, que les dieron una regular consideración en los siglos XIII y XIV. Mas esa importancia decayó paulatinamente, no sólo con la invención de la pólvora, que modificó el arte de hacer la guerra, sino también con motivo del abandono en que quedaron estos edificios, al desaparecer de la historia la corona balear, que formó con el tiempo un bello florón de la de Castilla.

Célebres fueron en los fastos de las guerras baleares los sitios que sufrieron algunos de esos castillos, y la tradición conserva aún novelescas leyendas é interesantes episodios de aquellos combates, que fueron las últimas boqueadas del floreciente y rico reino de Mallorca.

Uno de esos históricos monumentos es el castillo llamado de *Santuiri*, situado en un escarpado pico del término municipal de Felanitx; y sus importantes ruinas, que conservan aún el carácter peculiar de las obras defensivas de la Edad media, son dignas, por cierto, de llamar la atención del viajero, por su artístico contorno, pintoresca posición y detalles de construcción.

Su nombre, que nada significa hoy día, y que vemos consignado en las historias y crónicas de aquella isla con las variantes de *Sentuiri*, *Santuiri*, *Santuiri* y *San-luiri*, parece ser, según afirman autorizadas voces, una corrupción del que designó su guarnición de cien hombres durante la dominación romana, á saber: *Centum-viri*.

Cuéntase que fué construido para la defensa ó custodia de los puertos *Colom*, *Petro* y *Calalonga*, situados á corta distancia de este castillo, que si bien no tienen hoy día grande importancia, por no tener los fondos que exigen los grandes buques de la época, fueron no obstante, en antiguos siglos, de los más importantes y famosos por lo muy resguardados que están del mar exterior, y muy frecuentados de los romanos por estar en la costa SE. de aquella isla.

Dícese también que sobre este alcázar tuvo jurisdicción alta y baja, con mero y mixto imperio, el conde de Cerdeña y Rosellón, D. Nuño Sanz, que fué uno de los nobles que más contribuyeron con su valor y hechos de armas á la conquista de la isla, y este dominio, según se desprende del auto estipulado en Tarragona á 5 de las kalendas de Setiembre de 1229 para la indicada conquista, lo poseía ya dicho D. Nuño como herencia de sus mayores, aun cuando la isla estuviese en poder de mahometanos; lo cual presupone que alguno de sus ascendientes lo adquirió quizá durante la primera conquista de la isla por los pisanos y catalanes, llevada á cabo por Don Ramón Berenguer en 1114.

Este castillo, á partir del reinado de D. Jaime I, tuvo sus correspondientes castellanos, gobernadores ó alcaides reales, cuyo catálogo vamos á trasladar en este escrito, juntamente con otros datos curiosos que indican la gradual decadencia de su importancia.

Su primer castellano dicen que fue Ponce Lobet, á quien substituyó Guillermo de Buyre, escudero de D. Alfonso II de Aragón. En 1285 tenía diez hombres de guarnición, y era su castellano el caballero Tornamira, que fué después substituido por Don Umberto Mediona. Alemán de Sadava, señor jurisdiccional de la caballería de la Galera, fué su gobernador en 1301, y Guillermo de Insula lo era en 1315. Sucedieron á estos, Guillermo de Borda antes de 1338 y D. Felipe de Boil y García de Loris en 1341.

En 1343 lo fueron Guillermo Dufort, y Berenguer de Tornamira, y posteriormente Bernardo Sebastia y Pelegrin Figueroa nombrados por D. Pedro de Aragón. El mismo D. Pedro nombró en 5 de Octubre de 1344 á Bernardo Valls adorno de la Real casa, y hacia esos años su guarnición ordinaria se fijó en diez hombres.

Juan de Bonastre fué su gobernador en 1400, y seis años después se practicaron obras de defensa en la parte exterior de su recinto, por temor de los moros que infestaban las costas de la isla. Practicadas éstas, quedaría en muy buen estado y debió ser considerado de suma importancia cuando vemos mandar este castillo en 1459 al mismo infante D. Carlos de Navarra. Ignoramos el tiempo que estuvo á sus órdenes. Sabemos solamente que en 1476 tenía por gobernador á Gregorio Berenguer. En 1511 estaba regido por Pablo Burguet, doncel; y en 1522 se practicaron de nuevo en su recinto obras de no escasa importancia, abriendo cañoneras en sus muros para ponerlo á la altura requerida por los adelantos del arte de la guerra en aquella época.

En 1550 era su alcalde real D. Pedro Net, copero del Rey. En 1580 D. Felipe de la Caballería, y en 1628 D. Pedro de la Caballería.

El último castellano que vemos citado es D. Felipe de la Caballería, nieto quizás del penúltimo, nombrado en 16 de Mayo de 1636, en cuya época sólo tenía dos hombres de guarnición, número igual al que constituía su custodia hacia el año 1715.

Ninguna nota hemos visto que haga referencia á los posteriores años; sólo sabemos que á principios del siglo actual estaba ya del todo abandonado; y aquellos muros y terrenos, que según cuenta la tradición resistieron los ataques de las hordas vandálicas, eran ya presa de la paulatina destrucción que acarrea el tiempo consigo.

Al visitar nosotros este alcázar en 1881, había dejado de ser edificio del Estado, y formaba parte de la hacienda de un simple particular, que si bien nos demostró deseos de atender á su buena conservación y entretenimiento, y hasta nos significó la intención que tenía formada de restaurarlo artística y conienzudamente, no ha dado después pruebas de querer convertir en hechos las ilusiones que hicieron nacer sus palabras en nuestra entusiasmada mente.

Este castillo se halla situado á unas diez leguas de la ciudad de Palma y en el término municipal de Felanitx, de cuya villa distará unos cuatro kilómetros. Al salir de esta población en dirección al Sur, se deja á mano izquierda la cordillera de montes, sobre cuya cima principal descuella la célebre ermita de Nuestra Señora de San Salvador, y á los pocos pasos dados en dirección del castillo, descúbrense los muros de tapial, que cierran la parte posterior del mismo sobre los escarpados de uno de los montes de aquella cordillera.

Al llegar á su pie preséntanse imponentes sus escarpas, que arrancando del borde mismo de la cortada peña, constituyen su principal condición de inexpugnabilidad, y la majestad con que lo flanquea su torre circular llamada del homenaje, y la altura de sus restantes torres cuadradas, preparan el ánimo del viajero y le infunden la fuerza que necesita para subir por un sendero casi impracticable, hasta su gran puerta ojival de entrada.

Al llegar nosotros á sus muros interiores aspillera-

dos hicimos alto para tomar aliento y contemplar de paso el magnífico panorama que se extendía á nuestros pies, y aquella exuberancia de vida que veíamos condensada en multitud de villas de gran vecindario, caseríos, predios y casas aisladas, salpicando la vecina llanura y ostentando una esmerada pulcritud, formaba un vivo contraste con los desmantelados y rojizos muros del alcázar y con el silencio que reinaba en sus desiertas puertas y antiguas habitaciones.

La mano roedora de los siglos había ya desprendido de la parte superior de su portal y principal un escudo de piedra, de forma romboidal, desaparecido hace años de la escena, pero que según noticias, estaba esmeradamente ejecutado y no dejaba de tener formas artísticas. Su divisa era un fondo de oro con fajas de gules cubiertas con un menguante azul á la izquierda y una ballesta natural á la derecha.

Habían desaparecido también los artesonados de su interior y las puertas de sus ventanas, pudiendo tan sólo admirar aún con todos sus detalles de construcción, varios aljibes abovedados, y uno de ellos de dimensiones grandes, capaces todos para abastecer de agua por muchos años á su ordinaria guarnición. Esos depósitos llenábanse con el agua de lluvia, que podía ser recogida en todo el ámbito de la meseta que corona el escarpado del monte y que constituye el recinto interior del castillo, conteniendo su área, que no bajará de 20.000 metros cuadrados, tierras arables que producen excelentes cereales.

Llamó en gran manera nuestra atención el hallazgo de varios sepulcros, al parecer de la época romana, abiertos en la peña y abovedados. Algunos de ellos se dicen que contenían cadáveres con anillos y zarcillos que hizo desaparecer la codicia de algunos.

En el centro de esta meseta hay un pozo de unos 4 metros de profundidad, con vena de agua natural y bastante abundante, que en años de escasez era suficiente para el abasto de su guarnición.

Llamó también nuestra atención el ingenioso artificio con que se cerraban sus ventanas, cuyas puertas carecían de toda clase de herraje, quedando sujetas por todos sus ángulos en la sillería al hacerlas entrar en unas entalladuras de forma especial.

Existen en los peñascos del monte algunas grutas que contienen capas de humus ó estiércol de más de 4 metros de potencia. La principal de todas ellas, situada en un monte vecino, es notable por algunas estalactitas.

Cuenta la tradición que este castillo ó monte sirvió en tiempos antiguos de objeto geomántico á los pobladores de Mallorca y que su proximidad daba origen á pánicos y á supersticiosos y fantásticos cuentos y consejas. Quizá á esa causa debe ser atribuido el hallar en muchos de sus muros grabadas unas cruces de forma especial, compuesta cada una de cinco cruces sencillas, que parecen haber sido hechas en la Edad Media por manos de los soldados.

Cuenta también que los moros de aquellas comarcas, conquistada que fue la capital, se retiraron en su recinto dispuestos á no rendirse, procurándose los necesarios víveres, y arbitraron un medio original para escapar de sus enemigos en el desesperado caso de que se apoderasen del castillo. Este medio consistía nada menos que en precipitarse por el despeñadero, y á este fin acopiaron grandes tinajas de barro llenas de estopa y paja destinadas á proteger su caída en el abismo que se abre al pie del despeñadero.

Instalados allí, comunicáronse con sus parciales, por los vecinos puertos, con los cuales mantenían expeditas las vías al abrigo de un espeso bosque intermedio. Un espía cristiano, esclavo de uno de los principales acogidos en la fortaleza, les daba razón de los movimientos de las huestes catalanas, que encontrando desiertos los caseríos y sabedoras del punto en donde se refugiaban sus moradores, trataron de ganar por sorpresa una posición que veían inespugnable y que no podían conquistar con hechos de armas. Prendieron al espía y dándole la libertad al saber que era cristiano, conquistaron su benevolencia. Les indicó éste la única vereda de subida practicable para poder llegar á la puerta del castillo, y concertaron las tropas conquistadoras el medio de apoderarse del mismo artificioamente.

En una noche templada del verano resonó una música hacia la parte opuesta de la vereda y á un cuarto de legua de distancia. Acudieron los moros hacia la parte de la meseta más vecina al lugar donde se oían los armoniosos sonos, abandonando confiadamente la custodia de la parte opuesta, que contenía la senda practicable. Al entretanto las tropas cristianas subían silenciosamente por esta senda sorprendiendo y asegurando los pocos centinelas de la puerta y apoderándose del alcázar. Los moros, al

verse perdidos y en poder del enemigo, apelaron los que pudieron al arbitrio de las tinajas con estopa. Metíanse en su centro y al derribar la tinaja empezaba esta á rodar favorecida por la pendiente de la meseta hasta alcanzar el borde del precipicio, cayendo después á plomo hacia la parte inferior del escarpado.

Dudo que ninguno de los moros pudiese salir ileso de la caída. La tradición no cuenta que se salvase alguno, y los comarcanos enseñan aún al viajero gran cantidad de cacharros mezclados con la tierra que va removiendo cada año el arado al preparar la siembra del campo en donde se dice que tuvo lugar esta clase de huida *sui generis*.

P. DE A. PEÑA.

LA SEÑORITA DE NEUVILLE

NOVELA

DE MATILDE BOURDÓN

(Continuación.)

— ¡Oh! yo no lo quiero tampoco, aunque fuese el corifeo de los castillos donde daba lecciones antiguamente.

— ¡Y los propietarios de los castillos han visto dónde los ha llevado Juan Jacobo! Si queremos salir de la Revolución, señor, es menester que nos embarcemos de Voltaire, de Juan Jacobo, de los filósofos, de los enciclopedistas; mientras que ellos hagan la ley, la sociedad está en peligro.

— Este es mi parecer — respondió con política el profesor — sin embargo, se dice que de la Harpe se ha convertido en su prisión, y ved ahí al presbítero Morelle que escribe memorias para los emigrados.

— ¡Tanto mejor! ojalá que todos se conviertan y renieguen de sus libros.

— Ésta es también mi opinión. Señora, os ofrezco mis respetos y tendré el honor de volveros á ver esta tarde.

— Señor, no os toméis esa molestia... conozco la escalera...

— Adiós, hermosa niña...

Salió, y desde aquella misma tarde, Delfina empezó su trabajo. Tomó la pluma con entusiasmo, el tedio huyó sobre las alas del trabajo, además la sostenía un legítimo orgullo, pero muy pronto las relaciones del Sr. Durval, el profesor que veía el mundo nuevo, y la hablaba con frecuencia de las fiestas, galas, animación y vivas emociones, le hicieron parecer muy pesadas, muy largas, las horas que pasaba con la cabeza agachada sobre un cuaderno de música. Volvieron sus aspiraciones hacia otra existencia; le pesaba su pobreza cuando oía hablar del lujo que renacía; la uniformidad de sus días le parecía horrosa cuando le describían las reuniones en que brillaban los caudillos, los oradores y las mujeres elegantes cuyos nombres todos pronunciaban; y aunque estos relatos la hacían sufrir, estaba ansiosa por ellos y muy á menudo los provocaba. Vicente los escuchaba con el desdén de un hombre para el que lo pasado es el todo, y Delfina, con la impaciencia febril de un alma que quisiera abarcar lo porvenir. Sólo Carlota aprovechaba las visitas de el Sr. Durval: le enseñaba á solfear y cuando cantaba con voz clara y entonada:

— El cuidado de mi rebaño me ocupa enteramente; sólo de mis corderos depende mi felicidad: cuando encuentro para ellos una fuente cristalina, si son felices, nada le falta á mi corazón.

Entonces la madre, el anciano amigo y el profesor de música tenían el mismo pensamiento de simpatía por esta encantadora niña.

— ¡Si la viese su padre! — decía Vicente.

— ¿Por qué ha de vivir pobre y escondida? — pensaba su madre.

— Decididamente, los Pelopidas y los Leonidas y las Cornelias y las Clelias del barrio del Mercado no no se parecen á ésta, exclamaba el profesor con admiración.

— ¿Todavía, señorita Carlota? ¡Bravo, bravísimo! Quisiera saber si la señorita de Beaucharnais, á quien tanto se alaba, á esta edad, tenía estas disposiciones.

Vicente aplaudía, pero tenía una inquietud secreta; llegó el momento de hablar francamente con su señor la marquesa.

VII

LA PRIMERA COMUNIÓN

Mientras que Vicente escribía, que Delfina se agitaba y soñaba, el curso del tiempo seguía, y Carlota llegaba á los últimos años de la infancia, tenía once años, y su corazón y su razón se adelantaban á su edad.

Formaba, con su padre ausente, desterrado, tal

vez muerto, el más tierno objeto de las solicitudes del anciano; pero esta misma ternura tomaban del carácter, de las convicciones de Vicente, y del tiempo en que vivían, una gravedad particular. No se atrevía á culpar á Delfina; pero en el fondo de su alma deseaba que Carlota no se le pareciese y que encontrase, en una fe sincera, y la fuerza y la paz que no eran patrimonio de su madre.

La señora de Neuville había dejado para días más tranquilos el conducir á la niña á los altares perseguidos aún. Estos días más apacibles venían poco á poco; las iglesias no se habían abierto todavía; los sacerdotes no estaban protegidos; pero la autoridad dejaba hacer, y la *era de libertad* toleraba que se fuese á escondidas á misa. Esto en comparación, era un estado de cosas muy suave; Vicente se aprovechó de esta ventaja, y apoyándose sobre la seguridad que renacía, suplicó á la marquesa que permitiese que Carlota fuese á la iglesia y se preparase en ella para su primera Comunión.

— Si me aseguráis que no hay peligro... — contestó ella.

— No lo hay, señora, y aun cuando lo hubiera, ¿pensáis que si el señor marqués estuviese aquí, no llevaría él á su hija á la iglesia? ¡Es tan buen cristiano!

— ¡Ay Vicente! ¿Dónde estará? ¿Existirá? ¡Sin tener noticias tuyas desde hace cinco años!

Vicente bajó la cabeza para esconder sus lágrimas; el nombre del marqués, compañero de su juventud, su protector, su amigo, hacían latir su corazón.

— Esperemos que aún está en este mundo — respondió al fin — y si vive se acordará de usted, señora, y de su hija.

— En cuanto á mí, no me atrevo á esperar, y por eso soy más digna de compasión; ¡sola en el mundo!

— Os queda la señorita Carlota, señora; pero para que ella sea buena y fiel, es menester dárle á Dios.

— Yo no deseo más sino que ella tenga una piedad bien entendida; y ya que me aseguráis que no hay peligro, podéis, Vicente, conducirla al templo; está en buenas manos, y sería muy ingrata si os negase una parte, una gran parte en la dirección de esta niña.

— ¡Ah, señora! Sois demasiado buena hablándome de ese modo; no obro más que por el bien; creedlo...

— ¡Oh! lo sé; si el Señor de Neuville volviese, ¿qué gratitud sería la suya para con usted!

— ¡Ah, señora! Yo esperaba otra cosa mejor: esperaba el devolverlo. Sabíais que contaba con la venida de mi sobrino á París, y con su favor con los hombres del día, y ahora lo envían del ejército de Sambre y Meuse al ejército de Italia, al ejército de Bonaparte, como dicen; ese Bonaparte que ha hecho tan buena puntería con el cañon en San Roque. Y á Marcelo lo acababa de nombrar jefe de escuadrón en el campo de batalla de Lodi... ya está lanzado, y ¡Dios sabe cuándo volverá, si vuelve alguna vez! Estas guerras son tan crudas y sangrientas!

— Hé ahí una última esperanza que se pierde! — dijo la marquesa con tristeza — no veré nunca más á mi marido, y estaré siempre sola.

(Se continuará.)

LOS GRABADOS

EL CANAL DE SUEZ

Los sucesos de Egipto van adquiriendo una importancia inmensa. La guerra que parecía iba á quedar terminada en algunas semanas, amenaza prolongarse indefinidamente. Europa siente que sus intereses se hallan comprometidos en el canal de Suez y fija allí su mirada.

De aquí que LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA procure corresponder á la pública expectación, dando aquellos grabados que mayor interés tienen en estos momentos en que se ventila la cuestión egipcia.

El grabado que hoy ofrecemos al público representa la entrada del canal de Suez por Port-Said, el primer puerto del lado del Mediterráneo. En él inauguró M. Lesseps las obras de la abertura del canal en nombre de Mohammed-Said, hijo del famoso Mehemet-Ali y sucesor de Abbas-Baja, el 5 de Enero de 1859.

Desde esta fecha empezó á edificarse la actual población de Port-Said. Primero se construyeron barracas y débiles tiendas, casi todas sobre postes de madera clavados en los arenosos pantanos y bajo las cuales pasaban, en las borrascas, las olas del mar.

Después se levantaron sucesivamente el gran faro, un hospital para los trabajadores enfermos, los talleres cubiertos, los muelles, las cañerías para el agua potable, los límites de la ancha rada, y en tiempos muy posteriores las casas de alquiler, los hoteles y muchísimos jardines.

Port-Said es hoy una linda población edificada sobre el agua, como Venecia. Tiene una hermosa capilla católica muy frecuentada. M. Lesseps cree que esta nueva Venecia, salida de las aguas, será dentro de veinte años una población de más de 100.000 almas.

Esto depende en gran parte de los resultados que produzca la guerra entre los ingleses y Arabi-Baja.

ILMO. SR. D. JUAN FRANCISCO BUX Y LORAS, OBISPO DE MAGIDÁN, AUXILIAR DE TOLEDO

El Venerable Prelado cuyo retrato publicamos en nuestro número de hoy había nacido en Talcanete (Aragón), en 1825. Fué canónigo doctoral de Teruel, y por espacio de diez-ocho años desempeñó después la misma canongía de oficio, en la iglesia primada de nuestra nación, en cuya diócesis ejerció el cargo importante de Rector del Seminario, uno de los cuatro centrales de España.

Propuesto en virtud de su relevante mérito por Su Eminentísima el Cardenal arzobispo de Toledo, fué postulado á la Santa Sede como auxiliar de esta diócesis, y preconizado obispo de Magidán en el Consistorio de Abril último, consagrado en la iglesia de San Sebastián de Madrid por el Emmentísimo Sr. Cardenal Moreno el 6 de Junio del corriente año, y bajó al sepulcro en 29 de Julio, cuando por su robustez y energía se esperaba que en su dignidad episcopal continuaria prestando á la Iglesia y á la diócesis importantes servicios.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA se ha creído obligada á dedicar este recuerdo á tan virtuoso como ilustrado Prelado de la Iglesia española.

VISTA DE TÚNEZ.

Mientras los ingleses tratan de apoderarse de Egipto, los franceses consolidan poco á poco su protectorado, que bien puede llamarse dominación sobre la regencia de Túnez.

Gracias á la acción del Emmo. Sr. Cardenal Lavigerie, administrador apostólico de Túnez, esta población va cambiando de aspecto, y la población católica, que es muy numerosa, tiene donde cumplir sus altísimos deberes religiosos.

Apenas terminada la construcción de un cementerio católico, cuya necesidad se dejaba sentir cada vez de un modo más imperioso, se han emprendido con más vigor las obras de la Catedral, que será dentro de breves años el primer monumento de la población.

Con la ocupación francesa se han establecido en Túnez no pocos comerciantes é industriales europeos. Dentro de los muros de la población y en el ensanche se están construyendo algunas fábricas que darán nueva vida á aquella capital.

Las construcciones de casas á la europea y de hoteles aumentan considerablemente.

Si el progreso moral de Túnez corriera parejas con el progreso material, podríamos felicitarnos de la ocupación de aquella regencia por los franceses. Pero el Gobierno de la República, que favorece cuanto puede el progreso material, niega no pocos de los recursos que le ha pedido el Emmo. señor Cardenal Lavigerie para extender el Catolicismo con las luces de la verdadera civilización.

La ciudad de Túnez es hoy el ejemplo más claro de lo que puede y significa la ocupación del Norte de Africa por las naciones europeas, que no es ciertamente lo que significaba esta ocupación por los españoles de otros más felices tiempos.

Por esto publicamos la vista de la ciudad de Túnez.

ALDEANOS DE BILBAO.

Los aldeanos de Bilbao, como todos los del privilegiado suelo vascongado, representan en España un elemento digno de ser conservado por medio del grabado. Representan la sencillez y pureza de costumbres de nuestros padres en medio de la actual corrupción; representan también á la civilización cristiana en medio del moderno paganismo. Conserve el cielo estos tipos verdaderamente nacionales, ya que en un momento dado pueden ser grandes elementos de la regeneración de la patria.

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Maximas agrícolas. — Hé aquí cómo Magriña condensa algunas máximas y principios de agricultura práctica, cuya utilidad excusamos recomendar á nuestros agricultores, porque á la simple lectura resalta el mérito y la importancia de tan utilísimo compendio.

- 1 Ayuda á la naturaleza.
- 2 Observa y sabrás los secretos de la agricultura.
- 3 Todo terreno ha de descansar de una planta tanto tiempo como le ha ocupado.
- 4 La secreción de un vegetal es perjudicial á los de la misma especie.
- 5 Siempre que tengas que hacer alguna plantación, piénsalo y medítalo, porque en agricultura nada se improvisa.
- 6 No hay terreno improductivo si se sabe escoger el vegetal.
- 7 Trasplanta los árboles mientras duerme la savia.
- 8 No plantes el árbol sin despuntar primero las raíces machacadas.
- 9 No asientes el árbol sobre terreno firme.
- 10 Cuando plantes el árbol, menéalo para que no quede aire entre sus raíces.
- 11 La vid es la tabla de salvación de la agricultura.

12 Planta almendros donde no puedas poner otro árbol.

13 No asocies los cereales con los olivos.

14 Labra profundo y siembra claro, si quieres coger mucho.

15 Las raíces del árbol tienen relación y guardan proporción con las ramas.

16 No cortes raíces, porque ellas buscan el alimento para el vegetal.

17 Malo es no podar, pero es peor hacerlo con exceso.

18 Ten en cuenta al podar que las ramas no han de ser tan orgullosas que miren al cielo, ni tan humildes que se inclinen á la tierra; las primeras no fructifican, las segundas no vegetan.

19 El sol vivifica las plantas, y en donde no hay sol no cuaja la flor.

20 Al despampanar la vid y al podar acuérdate que las hojas son los pulmones de la planta y el laboratorio de la savia.

21 Separa la corteza seca, porque en ella anidan los insectos y perjudica á la vegetación y fructificación del árbol.

22 Sin agua no hay vegetación posible, y sin bosques no hay agua.

23 Riega el árbol antes que florezca, mas no durante la infancia del fruto.

24 Si quieres que la planta resista al frío, ten la planta bien regada.

25 El mejor modo de emplear el capital es comprando abonos.

26 No es el estiércol el único abono, porque los hay vegetales, minerales y químicos que los sustituyen con ventaja.

27 Analiza tus tierras y sabrás el abono que les falta.

28 Devuelve á la tierra los principios químicos que de ella ha extraído la planta.

29 Coloca los abonos en donde goteen las extremidades de las ramas.

30 La planta nunca es ingrata; siempre agradece al agricultor sus cuidados.

31 La planta lo primero que hace es vivir; lo segundo fructificar.

32 Todo árbol para producir necesita descansar, esto es, reponer la savia que ha perdido en la fructificación.

33 La producción es proporcional á la mayor suma de tiempo que la savia invierte en llegar á las ramas.

34 Cuando el fruto está maduro, cógele; no esperes que caiga del árbol.

35 No golpees el árbol, porque nunca es digno de castigo.

36 Cuando la cepa va á mover la savia, florecer y madurar los racimos, trasiega el vino.

37 No te asusten las hojas amarillas, porque el sulfato de hierro se encargará de devolver á la planta su verdor.

38. El pulgón lanígero no matará tus manzanos si los lavas con aguardiente alcanforado.

39 Las hormigas llevan á los pulgones á comer el árbol, y el aceite te librará de ellas.

40 Los líquenes ó manchas amarillas de los árboles los quitarás con facilidad si primero los humedeces.

41 Si rayas la corteza de los árboles jóvenes, facilitarás su desarrollo.

42 El hombre las más veces tiene la culpa de los males que sobrevienen á la agricultura.

43 Las calamidades de nuestra agricultura son debidas á la falta de bosques y de pájaros.

44 Ama al pájaro, que te alegra con su canto y te libra de los insectos.

45 Cuando veas que el insecto destruye la cosecha, acuérdate del pájaro.

46 No creas que los pájaros granívoros no te son beneficiosos, pues también se alimentan de huevos de insecto y malas semillas.

47 Causa más daño al agricultor el que mata los pájaros y aves insectívoros, que el que roba sus frutos (?).

48 La ley del trabajo es de Dios, y ennoblece y enriquece.

49 En el campo encontrarás la salud y la tranquilidad que has perdido en las ciudades.

50 Seamos agricultores antes que políticos, y la nación aumentará su prosperidad.

Cultivo del tomate. — M. Paul Davier ha dado cuenta á la revista científica *Les Mondes* del procedimiento empleado por él para el cultivo del tomate. « Todo el que posea un jardín de algunos metros cuadrados, dice M. Davier, empleando mi procedimiento, puede tener tomates en cantidad suficiente para las necesidades ordinarias, y aun para hacer conservas.

Procedo del siguiente modo:

En Marzo hago un agujero en la tierra, en el sitio más caliente del jardín, de 40 centímetros de profundidad por 60 de ancho; pongo allí una buena cantidad de estiércol de caballo, un poco caliente; lo apilo y pongo por encima 10 centímetros de mantilla ó tierra tamizada. Se coloca encima una campana, y cuatro ó cinco días después se siembran los granos, que prenden en seguida...

Cuando salen los granos, se destapan por el día y se tapan por la noche, porque en esta época aun son de temer las heladas.

Hasta será bien echar por encima de la campana ó caja de vidrio que abriga las plantas tiernas, unas pocas hojas ó paja; porque basta una sola noche para acabar con las plantas, y entonces son perdidos todos los trabajos.

Cuando las plantas tienen dos hojas, aparte de las hojas seminales, se ponen cuatro á cuatro debajo de su campana espaciándolas de 12 á 15 centímetros. Si hay estiércol á mano, se extiende una nueva capa para trasplantarlas y crecerán mucho.

Cuando ya no sean de temer las heladas del 15 al 25 de Setiembre, se colocan en su puesto definitivo las plantas, en lo más abrigado del jardín, espaciándolas de 50 en 50 centímetros.

Los primeros días de la plantación se les hace sombra con ramas ó simplemente con tiestos que se quitan por la noche.

Cuando los tomates empiezan á salir, se pone una estaca de un metro en cada pié y se ata la planta, porque si se la deja libre se cae, lo cual produce siempre retraso en la fructificación.

Cuando las plantas empiezan á formar ramas, se dejan las dos mejores y se cortan las demás.

Cuando llegan á la altura de la estaca, ó sea un metro, se corta la extremidad.

La planta no debe subir más.

A medida que las ramas producen otras nuevas, se van cortando estas, lo mismo que las que nazcan al pié, para no conservar más que las dos primeras ramas que se tendrá cuidado de atar conforme vayan creciendo.

Cuando los tomates de la base adquieran todo su tamaño, se quitan las hojas cerca del tallo, y así sucesivamente, á medida que los frutos crecen se cortan las hojas.

En el mes de Noviembre se suprimen todas para que los rayos del sol, que ya son débiles, puedan dar á los frutos más directamente.

Entonces cada pié forma una columna roja de los frutos más hermosos que se pueden ver, de cincuenta á sesenta por pié; pero, lo repito, todo el secreto para lograr los tomates consiste en quitar los renuevos de las ramas, que se deben suprimir á medida que aparezcan.

Este trabajo no exige más que media hora por semana para cuidar cincuenta piés.

Todo aficionado puede disponer de este tiempo.

Para un pequeño gasto bastan cuatro ó cinco piés; si, por el contrario, es grande el consumo, con veinte ó veinticinco piés habrá para hacer conservas y hasta para llevar al mercado.

MISCELÁNEA

Academia general y pensión de Santo Tomás de Aquino.—Comprendiendo varios católicos de abnegación y buena voluntad la falta que hacía en Madrid un centro católico donde los padres que mandan sus hijos á estudiar á Madrid pudieran colocar á éstos, á fin de que no se perviertan, y al mismo tiempo aprovechen el tiempo que tienen que dedicar al estudio, crearon el año pasado esa Academia, cuyos felices resultados no pueden menos de llenar de satisfacción á todos los que deseamos y esperamos que la sociedad se regenere por los jóvenes de talento y de una vasta instrucción, basada en la virtud y en la honradez.

Las óperas del diablo.—Nada menos que treinta y cuatro óperas existen con título en el cual entra para algo el diablo: *El diablo de la noche*, de Rosenheim; *El diablo en la escuela*, de Boulanger; *El diablo á cuatro*, de Bernardó Porta; *El diablo en Sevilla*, de Gomes; *El diablo en el molino*, de Gevaert; *El diablo cojuelo*, de Haydn; *El diablo color de rosa*, de P. Graveaux; *El diablo á cuatro*, de Phisidor; *El diablo en vacaciones*, del mismo; *El diablo está allí*, de Weber; *El diablo y la gitana*, de Vandebrook; *El diablo hidráulico*, de Meske; *El diablo predicador*, de Baschi; *La diablesa*, de Galuppi; *El diablo color de rosa*, de Petrella; *El diablo de la noche*, de Bottesini; *El molino del diablo*, de M. Muller; *El castillo del placer del diablo*, de Schuber; *La esposa del diablo*, de Jacobi; *Las memorias del diablo*, de Sozzi; *Roberto el diablo*, de Meyerbeer; *Los amores del dia-*

blo, de Grisar; *La vela del diablo*, de Alary; *El castillo del diablo*, de Walter; *Fra diavolo*, de Auber; *El matrimonio del diablo*, de Laruelle; *La parte del diablo*, Roberto el diablo, de A. Moller; *Los tres besos del diablo*, de Offenbach; *El tutor y el diablo*, de Trabesar; *El diablo á cuatro*, de Portagallo; *El violín del diablo*, de Mercuri, y *El diablo rosa*, de Herminia Dejacet.

¡Y luego se dirá que no anda el diablo por el mundo!

La filosofía del último siglo se rió de las dimensiones del arca de Noé: ¿qué diría hoy en presencia de las gigantescas proporciones que dan las compañías inglesas á los *paquebots* que hacen las grandes travesías del Océano? Sin hablar del *Creat-Estern*, que todo el mundo conoce, á lo menos de nombre, los últimos modelos hechos por los constructores ingleses tienen dimensiones colosales.

Casi todos los *paquebots* del tipo más general tienen 140 metros de largo y 15 de ancho, pero los ingenieros van más lejos. El *Orient* y la *Sueva*, de la compañía australiana, tienen 150 metros de largo por 16 de ancho, la *City of Berlin* tiene 160 metros, y en este momento se está construyendo la *City of Rome*, que tendrá 183 metros de largo por sólo 15 metros de ancho, cuatro mástiles, tres chimeneas y en sus máquinas, de 10.000 caballos, seis cilindros de un curso inusitado, de dos metros.

Asusta la inmensidad y el poder de estos edificios de hierro, cuando se piensa en que tienen que resistir los golpes de mar que azotan sus costados con una fuerza que llega á veces á 80.000 kilogramos por metro cuadrado, como lo demostraron los cálculos de los ingenieros. ¡Y decir que muchas veces el mar se rie de estos gigantes y los envía al fondo de sus abismos tan fácilmente como el más ligero bote de recreo!

Poderoso es el hombre que arranca del seno de la tierra las masas de hierro con que fabrica estos rápidos vehículos del Océano, pero ¿cuánto más poderoso es Aquel que ha reunido los millares de millones de gotas de agua que forman el Océano, y que las anima en su cólera de una energía tan formidable!

Francia tiene 500 bibliotecas con 4.528.000 volúmenes y 135.000 manuscritos, ó 12,5 volúmenes por cada 100 individuos. En revancha, Rusia no tiene más que 1,3 por cada 100 individuos.

El número de sus bibliotecas es de 145 con 992 ejemplares y 24.300 manuscritos.

Consideradas las bibliotecas aisladamente, la más importante es la Nacional de París.

Tiene 2.078.000 volúmenes, es decir, admitiendo las cifras anteriores, cerca de la mitad del contenido total de las 500 bibliotecas del país.

La lana del mundo ha aumentado cinco tantos desde 1830 en que eran unos 320 millones de libras.

En 1878, que es el último año de que se tienen noticias estadísticas exactas, Europa produjo 740 millones de libras; Buenos-Aires, 240 millones; los Estados-Unidos, 208 millones; Australia; 350 millones y el Africa Austral 48 millones, formando un total de 1.586 millones de libras.

La Gran Bretaña y Francia consumen cada una casi la misma cantidad de lana, 380 millones de libras anuales.

Alemania consume cerca de 165 millones; los Estados-Unidos, 250 millones, y Rusia, Austria y otros países, 400 millones de libras.

El polvo y las enfermedades.—No es sólo á causa de la insuficiencia de los riegos por lo que la falta de agua constituye una grave infracción de las reglas de higiene. También es de mayor interés, especialmente en las grandes ciudades, fijar el polvo del suelo é impedirle que penetre en todas partes de una manera constante.

Ningún agente de transporte de los miasmas y contagios es tan seguro ni tan activo como el viento que transporta á nuestra atmósfera los polvos orgánicos. Basta hacer su análisis microscópico y químico para convencerse de esta verdad.

El polvo que se agita en el aire, á veces en bastante abundancia para oscurecerlo, se compone de corpúsculos suministrados por los detritus de la corteza universal del globo, de partículas de animales y de plantas y de restos muy tenues de cuanto consumimos para nuestras necesidades.

Cuanto más agitada la atmósfera por la violencia de los vientos, tanto más se carga de diversos corpúsculos. Los gránulos de materia mineral varían poco y representan los detritus de rocas minerales que están desnudas sobre la tierra. En cuanto al polvo de origen animal, se compone de animalículos

infinitamente pequeños y desecados, tales como vibriones y helmintos, esqueletos de infusorios, fragmentos de antenas de insectos, escamas de mariposas diurnas y nocturnas, pelos de conejo y de murciélago, bálbulas de plumas, fragmentos de epidermis de animales diversos, filamentos de telas de araña, etc.

El polvo vegetal examinado con el microscopio presenta fragmentos de tejidos de diversas plantas, algunas fibras leñosas, muchos fragmentos de celdillas y de vasos, pelos de ortiga y de otros vegetales, fragmentos de penachos de synauthevas, filamentos de algodón desprendidos de nuestras ropas, y sobre todo y por todas partes, una fuerte cantidad de fécula de trigo, y algo menor de fécula de cebada, de centeno y de patata. No hay rincón en donde no penetre la fécula con el aire. En el polvo secular que cubre las más oscuras revueltas de nuestros monumentos góticos se halla la fécula de la época, así como en los sarcófagos del Egipto y en los hypogeos de la Tebaida. La cantidad de fécula aérea disminuye á medida que nos elevamos en las montañas ó que nos alejamos de los centros de población.

En la atmósfera libre es por lo tanto donde hay que buscar la causa de la mayor parte de las enfermedades que azotan á poblaciones enteras. Los ataques de enfermedades contagiosas, tales como la viruela y la escarlatina, reunidos en los hospitales de las grandes ciudades, se convierten en focos de infección, cuyos gérmenes se encargan de transmitir los vientos vehiculando las partículas epidémicas cargadas de la enfermedad. Por esta causa se ha introducido en la terapéutica un método sabio que consiste en bañar á esos pacientes cuando declina la enfermedad, á fin de ahogar esas partículas que de otra suerte irían á llevar lejos el germen de la infección.

La distancia á que pueden obrar los principios contagiosos por el intermedio del aire, depende de la temperatura, de la higrometría, del reposo ó de la ventilación de aire. En Oriente, los europeos se preservan de la peste por la reclusión. Los conventos gozan de una inmunidad que deben á la elevación de sus muros y á la interrupción de las relaciones exteriores.

No es necesario que el polvo extendido en la atmósfera sea de naturaleza deletérea para que ejerza una acción funesta sobre nuestro organismo. Estudiando las enfermedades profesionales, se ve á qué peligros están expuestos los obreros que se ejercitan en oficios cuyo trabajo producen polvo, tales como los que manejan sílices, nácar, yeso, asperón, esmeril. Estos obreros, y en primer término los afiladores, están predispuestos á una tisis particular, descrita bajo el nombre de tisis de los afiladores. El polvo aspirado se fija en los pulmones, que al cabo de cierto tiempo, relativamente corto, están rellenos.

Inflamado el tejido del pulmón, no tarda en ahuecarse, y la tos, los esputos de sangre, se establecen consecutivamente, y la enfermedad sigue su curso fatal.

El polvo de carbón, sin embargo de estar reputado como sano, daña del mismo modo á los carboneros.

Así también el polvo de harina, siendo por desgracia harto frecuente ver á esos héroes ocupados en descargar los sacos de harina morir de consunción, heridos por la tisis.

¿Qué indicaciones se desprenden de todo esto?

Purificar cuanto sea posible la atmósfera de las ciudades mediante riegos incesantes que abatan el polvo; aconsejar á los valetudinarios que huyan de las grandes poblaciones para respirar en el campo aire puro, y, por último, aplicarse á multiplicar los procedimientos mecánicos para preservar á los obreros de oficios en que se desprende polvo, teniendo presente que, según prueba la estadística, los más resistentes se ven obligados á cesar en el trabajo al cabo de veinte años de servicio.

De una correspondencia de Roma á un diario de Nueva-York, tomamos lo siguiente:

«Se sabe que los niños sometidos á una lactancia artificial mueren con mucha frecuencia á causa de afecciones intestinales. Las causas del desarrollo de estas afecciones son variadas, y acaba de descubrirse una que parece ser de las más terribles.

Vamos á dar los detalles que suministra una nota de M. H. Fauvel, presentada por M. Wurtz á la Academia de Ciencias de París.

Hace dos meses que el doctor Du Mesnil consultó al Laboratorio municipal de París de dónde provenía el hedor fétido que se desprendía de los biberones empleados para la lactancia de los niños. Examinados varios de estos biberones, se comprobó que todos ellos despedían un hedor nauseabundo, sin que se hubiese notado en ellos la presencia del hidrógeno sulfurado; la leche que pasaba por ellos se ponía ácida y medio coagulada. Examinados mi-

croscópicamente los glóbulos grasos, se les encontró deformes, y en el líquido se descubrieron numerosos animalillos.

Se hicieron incisiones a lo largo del tubo de cauchout, que sirve para la aspiración, y se encontró leche coagulada llena de los mismos animalillos. Se examinó la bola hueca de cauchout, á que está unido el tubo, y que sirve de depósito de la leche, y se encontró que estaba llena de una vegetación criptogámica. Estas vegetaciones fueron mezcladas con leche en un vaso, y al cabo de unos pocos días se encontraron en proporciones considerables células ovoides que se desarrollaban rápidamente.

En presencia de estos hechos, los médicos inspectores del servicio de los niños que aún maman, hicieron una visita escrupulosa en unión de los químicos del laboratorio, para examinar todos los biberones, y se encontraron que sobre treinta y una, diez contenían en el tubo y en el depósito de cauchout, y algunas hasta en los depósitos de cristal, vegetaciones y animalillos análogos á los que ya se ha indicado.

Muchos de los biberones, á pesar de haber sido muy bien lavados, contenían, sin embargo, una gran cantidad de criptógamos. Además, en los tubos de los biberones se encontró, pues, su mal estado y glóbulos sanguinolentos.

Se examinó la boca de los niños que los usaban, y la tenían con erupciones. Se averiguó también que la saliva de los niños penetra en los biberones y añade sus propias fermentaciones á las de la leche, y se cree que la causa por que la leche se pone ácida, es la presencia de los susodichos animalillos, cuyos gérmenes se encuentran hasta en los biberones mejor lavados.

Inútil es encarecer lo ventajoso que es para la higiene la práctica de baños, cuyo uso es aconsejado desde los tiempos más remotos para conservar la salud y evitar enfermedades, aparte de su necesidad como medida de aseo y de dignidad personal.

Los baños son propios de todas las edades, sin diferencia de sexos; debiendo variar la temperatura del líquido según el uso á que responda su empleo: baño frío, 25°, calma la excitación nerviosa, contrae la fuerza enervante de los calores intensos, modera la traspiración cutánea, y activa todas las

funciones; un baño tibio á 30° es el baño higiénico por excelencia, y conviene á todos los temperamentos, y su uso debe generalizarse; un baño caliente, 35°, se prescribe para la curación de ciertas enfermedades, y puede hacerse medicinal incorporándole diversas sustancias adecuadas á la curación de la dolencia; los baños de vapor (baños rusos), y los de aire caliente (baños turcos) tienen el doble fin higiénico de fortificar la piel, haciéndola menos sensible á los cambios atmosféricos y terapéuticos, y de curar dolores reumáticos.

Debe evitarse tomar un baño cuando se está fatigado, ó después de comer, ó cuando el cuerpo está demasiado frío. Cuando se sufre calor, y por lo menos una hora después de un ligero desayuno, puede tomarse el baño, si bien las personas robustas pueden hacerlo en ayunas. De todos modos se debe salir del baño en cuanto se experimenta la más ligera sensación de frío, y las personas que sufren de palpitaciones y de asma, no deben bañarse sin previa consulta con un facultativo.

Un individuo de New Hampshire ha inventado un lápiz destinado á usarse por la noche en lugares oscuros. La frotación de la punta sobre el papel produce claridad bastante para alumbrar la página y facilitar al que escribe la suficiente luz para que no confunda las líneas.

Leemos en un periódico de medicina:

«El apio cura el reumatismo, pero no crudo: es necesario cortarlo en pedacitos y hacerlos hervir hasta que se ablanden; se bebe el agua en que se ha hervido, y añadiendo á los trozos de apio ablandados un poco de leche, harina, nuez moscada y rebanadas de pan, se hace un manjar que se toma como alimento y que hace desaparecer el reumatismo.»

Para obtener canarios rojos se dá la siguiente receta:

Pocos días antes de la muda se comienza á alimentarlos con clara de huevos, bien cocida y abundantemente polvoreada con pimienta de Cayena, de la mejor clase, con lo cual cambian los canarios su plumaje amarillo por un encarnado precioso.

Leemos en el *Correo de París*:

«Uno de los miembros de la Escuela práctica de aclimatación ha descubierto en las costas del África un insecto, especie de araña, que produce en forma de tela una seda de color amarillo, fuerte y larga, y de una calidad tan buena como la que produce el gusano de seda; algunas muestras de este nuevo producto han sido sometidas á la Cámara sindical de la Unión de comerciantes de Lyon, la que después de haber estudiado detenidamente todas sus cualidades, ha dado un informe altamente satisfactorio. Este insecto, de fácil aclimatación en Francia y sobre todo en España, está llamado á suceder al gusano de seda que tiende á desaparecer.»

JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

Vapores Correos

DEL MARQUES DE CAMPO

Primera y única línea regular de vapores-correos entre Liverpool, la Península y Manila, por el canal de Suez.

El vapor *Leon XIII* saldrá del puerto de Barcelona el 1.º del próximo Octubre á las cuatro de la tarde, para los de PORT-SAID, SUEZ, ADEN, PUNTA DE GILES, SINGAPORE Y MANILA.

Admite carga y pasajeros para dichos puertos. Para fletes y demás antecedentes.

EN MADRID: Oficinas del Excmo. Sr. MARQUÉS DE CAMPO, Cid, 7.
EN BARCELONA: SRES. BORRELL Y COMPAÑÍA.

COMPañía COLONIAL

Roma 1868

MEDALLA

DE ORO.



CHOCOLATES PREMIADOS POR SU SANTIDAD PIO IX

Depósito general. Calle Mayor, núms. 18 y 20.
Sucursal. Calle de la Montera, núm. 8.

COMPENDIO DE LA TEOLOGÍA MORAL

de San Alfonso María de Ligorio, con notas y disertaciones, por José Frassinetti, prior de Santa Sabina de Génova, traducido de la cuarta edición italiana y aumentado con varios apéndices, por el licenciado D. Ramon Maria García Abad, canónigo doctoral de la Santa Iglesia de Lugo.

Segunda edición española con licencia de la autoridad eclesiástica. Madrid, 1882. Dos tomos en 4.º, á 8 pesetas en rústicas y á 10 en pasta. Remetido por correo y franco de porte, una peseta más.

Los pedidos á D. Gregorio de Anco, sucesor de Olamendi, calle de la Paz, número 6, Madrid.

COLEGIO DE SAN FRANCISCO DE BORJA

Reina, II, principal

Enseñanza modelo y completa educación esmerada y cristiana. El 15 de Setiembre se abren las clases y la matrícula desde el día 10, de 8 á 11 y de 3 á 5 por la tarde.

Librería Católica de S. José

EL MATRIMONIO CANÓNICO

Y

EL MATRIMONIO CIVIL

por el doctor
D. NICETO ALONSO PERUJO

Precio: Dos pesetas. Los pedidos á los Sres. G. Tejada y Compañía, Arenal, 20 Madrid.

A. MENARD

ENCUADERNADOR Y DORADOR

sobre

pieles, papeles y sedas.

Especialidad de encuadernaciones francesas.

Se ponen cifras, escudos y adornos en chagrin, terciopelo, etc., etc.
Calle de Cervantes, 15, Madrid.

LA NEW-YORK.

Compañía de Seguros sobre la vida, autorizada en España por Real orden.

Activo: 245.000.000 de pesetas en 1.º de Enero de 1882. Dirección de la sucursal de España: Montera, 20, Madrid.

Capitales para las viudas y huérfanos al fallecimiento del cabeza de familia.

Hace este mismo seguro de forma que si el cabeza de familia no muere en cierto número de años, se le entregue al mismo el capital asegurado.

Rentas vitalicias, capitales diferidos, seguros de quintas y dotes. La Dirección facilita prospectos con más pormenores.

EL MISAL Y EL BREVIARIO

DEL ORGANISTA

por B. Iniguez

Esta obra, utilísima para los maestros de capilla, organistas y cuantos se dedican al estudio del órgano, contiene las composiciones necesarias para todos los actos religiosos que se celebren en la Iglesia desde el 1.º al último día del año. Se publica por entregas mensuales de 40 páginas, á 3 pesetas.

A. ROMERO A.

1 - PRECIADOS - 1

MADRID

MÁS DE UN MILLON DE PURGAS EN UN AÑO

CON LA ACREDITADA

AGUA DE LOECHES (La Margarita)

Prueba la general aceptación de un específico sin rival para las escrófulas, herpes, sífilis, úlceras, desarreglos de la menstruación, flujo blanco, infartos de la matriz, erisipelas, ictericia, malas digestiones, estreñimiento pertinaz, etcétera. Venta del agua en botellas en todas las farmacias y droguerías principales. Depósito central y único en España, JARDINES, 15, bajo, donde se abonan cuatro cuartos por cascos.—IMPORTANTE: Esta agua, premiada en todas las exposiciones donde se ha presentado, ha obtenido medalla de oro, premio superior concedido en la exposición especial balneológica de Francfort Alemania, cuyo jurado se componía de los mismos dueños de manantiales de aquel país, rindiendo así justo tributo á este de España, que está considerado como el primero en su clase en el mundo y sin rival por todo el protomedicato.

VAPORES-CORREOS del MARQUÉS de CAMPO

LINEA TRASATLÁNTICA

Servicio mensual regular con itinerario fijo. El vapor-correo.

REINA MERCEDES

saldrá del puerto de Santander el 18 de Setiembre del corriente año para los de Coruña, Vigo, Cádiz, Habana, Puerto-Rico, Progreso y Veracruz. Admite carga y pasajeros para dichos puertos directamente, y para los de Ponce, Mayagüez, Puerto-Plata, Santo Domingo, La Guayra, Santiago de Cuba, Baracoa, Gibara, Nuevitas, Kingston, Cartagena, Santa Marta, Barranquilla y Colon, con trasbordo á los vapores-correos del Marqués de Campo que hacen el servicio entre las Antillas y Golfo de Méjico.

PARA FLETES Y DEMÁS ANTECEDENTES: En Madrid, Oficinas del Excmo. Sr. Marqués de Campo, Calle del Cid, núm. 7. En Santander, Oficinas del Excmo. Sr. Marqués de Campo, Muelle, 25. En la Coruña, Sres. Rávena y Closas. En Vigo, D. Antonio López Neira.

VERDAD Y ECONOMÍA

ENSEÑANZA	LECTURA ESCOGIDA. Libro de 566 páginas, encuadernado en pasta.	7 reales.
	COMPENDIO DE GEOGRAFÍA. Segunda edición, de 176 páginas en cartón.	4 "
	COMPENDIO DE URBANIDAD. Consta de 64 páginas, en cartón.	1,50 "
PARA PREMIOS	DIALOGOS TRASCENDENTALES acerca del Dogma católico. En rústica.	10 "
	El mismo en cartón de lujo.	12 "
	CARTAS CIENTÍFICO-RELIGIOSAS sobre los pecados capitales. Consta de 176 páginas, en cartón.	4 "
	DIALOGO acerca de la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. (72 páginas).	1 "
	LAS PROCESIONES. Diálogo de 80 páginas.	1 "

Estas obras, que tienen la aprobación eclesiástica, se venden en la Librería y Tipografía católica, Pino, 5, y otras librerías católicas de Barcelona. En Madrid, librería de Aguado, Pontejos, 8, y Tejado, Arenal, 20.



ALDEANOS DE BILBAO.

Un ingeniero italiano está a punto de hacer una revolución en la fabricación de pianos.

Se dice que ha resuelto el difícil problema de la prolongación de los sonidos á voluntad del que lo toca. Músicos eminentes y constructores de pianos han dado informes favorables respecto al invento.

En Tívoli se ha descubierto un busto antiquísimo, de hermoso estilo, representando á Baco. La Academia de Bellas Artes de Francia estudia en estos momentos este busto, sobre el cual va á escribirse una memoria, que ofrece ser muy interesante.

El físico francés M. Corey ha presentado á la Aca-

demia de Ciencias de París una Memoria explicando cómo, con el auxilio de un nuevo aparato frigorífico, se destruye las trichinas en las carnes sólidas de América. El nuevo aparato produce 300 kilogramos de hielo en una hora. Durante nueve días mantiene á la temperatura del hielo 60.000 kilogramos jamón, con un gasto que no excede de 2.000 reales.

Ciertos juegos como las damas, el ajedrez, el solitario, el dominó, que no son para la mayor parte de los jugadores sino objetos para pasar el tiempo, se convierten para los matemáticos en objetos de estudios extremadamente áridos, que terminan en páginas llenas de cifras y de largas fórmulas, en las

cuales se invocan las más elevadas teorías matemáticas.

Hace algún tiempo un diario de matemáticas planteó el problema siguiente: calcular el número de combinaciones que pueden producir los 28 números del dominó.

Este problema ha sido resuelto últimamente por el Dr. Rein, de Francfort, que ha llegado á establecer la fantástica cifra de 284.528.211.840. Es decir, que dos jugadores de dominó, jugando diez horas por día necesitan 118 millones de años para agotar todas las combinaciones del juego.

TIPOGRAFIA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO.—D. Celestino Díaz.

HABANA.—D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería.

FILIPINAS.—Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.

Ayuntamiento de Madrid